

DON LUIGI GUANELLA

UNA FLOR DE VIRTUD TRASPLANTADA DE LA TIERRA AL PARAÍSO

¿Y ya no volverá a estar Sor Clara con nosotras?

PREFACIO

Estos datos de la vida de Sor Clara Bosatta os los dedico a vosotras, Hijas de Santa María de la Providencia.

Deseo que caminéis por las sendas de vuestra Hermana y sepáis valeros de su mediación ante el Señor.

Nadie mejor que Sor Marcelina Bosatta, vuestra Superiora, cofundadora y hermana, casi madre y verdadera educadora de Sor Clara, doblemente hermana, tanto de sangre como de espíritu; nadie mejor que ella conoció y apreció el espíritu de la querida Sor Clara.

Por medio de ella, que también os ama tanto y se entrega por vosotras, os presento los datos de esta pequeña vida. *In Domino*, pues, *in Domino* ahora y siempre.

UNA FAMILIA CRISTIANA

La madre

Era el año 1859. Rosa Bosatta cuidaba a la hija que le había nacido hacía poco. La miraba a la cara como a un angelito del Paraíso que le llegaba desde las aguas bautismales. Así se dirigía a ella y con sencillez y corazón grande le repetía a todas horas: mi corazón es todo para ti, como lo es para todos los hermanos que te han precedido; tú has sido la última en nacer, pero no eres menos querida, más aún me resultas la predilecta.

Mientras tanto trazaba la cruz sobre su frente y luego la ofrecía de corazón a Dios, lo mismo que, siendo adulta, la despidió para el claustro.

Mamá Rosa sólo tenía una cosa en el corazón: su deber de madre: el bien de sus hijas; la casa y la iglesia; la casa y los deberes de familia; las tareas domésticas. Es una mujer sencilla, educada al estilo patriarcal.

Siempre está imperturbable... tiene corazón grande; pero sabe mostrarlo u ocultarlo, según el caso... Tiene una ternura inefable por sus hijos...; es una planta de corteza áspera que alberga un meollo precioso. Rosa Bosatta es un buen modelo de madres cristianas. Ahora bien, se dice que cual es la madre, tal es la hija ¡Qué suerte tan grande tener una buena madre!

Los primeros pasos

La naturaleza inspira al niño para dar muy cautamente los primeros pasos.

Los primeros pasos del niño cómo alegran el corazón de la mamá y de los hermanos; porque desde los primeros pasos del niño, la mente se apresura a aprender los pasos más vigorosos que dará en la juventud hasta la vejez.

Así, pues, Dina Bosatta daba sus primeros pasos contenta y precavida en el mundo, tanto si aparecía, como si se ocultaba. Abría el corazón a todo aspecto bello de corazón y de virtud, lo cerraba a toda figura dudosa de vicio, lo mismo precisamente que el niño mimado abre los brazos al encuentro de su padre y de su madre, y los aparta y esconde la cara ante los extraños, como diciendo: uno solo es mi padre y vosotros no lo sois; una sola es mi madre, y vosotros no lo sois.

¡Cómo querían a la niña la mamá y el papá!

La aureola de la inocencia brillaba en su pequeña frente; aureola que luego fue creciendo con la edad y jamás se apagó ni un solo día. La mamá no lo decía, pero lo repetía en su corazón: Dina es mi angelito; quiero mucho a todos mis hijos; pero esta niña me resulta entrañable. Alabado sea Dios porque la ha creado.

Dina y Seconda

Son dos hermanas cándidas como la leche, ingenuas como las límpidas fuentes del monte; los pasos de ambas se mueven con suavidad y donaire como las olas plácidas del lago que rebotan al pie de nuestra playa.

Son dos riachuelos que descienden murmurando suavemente por la pendiente del monte y con el rocío de las aguas levantan dos nubecitas. Una se yergue sobre el globo ligero de nube candida que se eleva cada vez más y flota luego en medio de la atmósfera. Del segundo riachuelo sale la misma nube, pero más candida y luego se eleva más arriba y después se manifiesta variopinta y muestra sobre la tierra los bellos colores del arco iris, y está, y se alza, y sube más arriba, más arriba y luego se queda muy alto, allá apenas llega la aguda mirada del ojo humano: en una palabra, está en la tierra y en el cielo; es algo más hermoso... es como si la contempláramos con el alma transportada y fuera de sí... En fin, Dina es llamada a ser María de oración y contemplación, Seconda es la Marta que se santifica todo el día en el servicio de la familia, en el sacrificio de una cristiana que se ofrece víctima a Dios Creador.

Dina y Marcelina

Marcelina es la hermana mayor: es buena conocedora, es buena negociante, para tratar los buenos géneros que le competen. Con mirada escrutadora observaba los pasos de la jovencita Dina: estudiaba su comportamiento, examinaba sus inclinaciones minuciosas. Y se daba cuenta de que su Dina sonreía a los padres como una flor de primavera, entre los hermanos era como la violeta fragante de modestia, en los caminos era un lirio de pureza, en la iglesia era ya un pequeño serafín de fervor.

Marcelina prestaba atención, pensaba en su corazón y sin manifestar nada a nadie, día a día se alegraba viendo a Dina y decía: eres mía y no te me escaparás jamás... eres mía y

no se lo diré a nadie y te presentaré a Dios. Eres mía y más afortunada que yo, porque nada sabes de las miserias humanas... eres mía... tengo el presentimiento de que el Señor me ayudará para ser tu protectora... siento que me encerraré en tu corazón... que por medio de ti recibiré bienes de lo Alto.

El pensamiento de la hermana mayor se realizó luego exactamente, porque fue siempre para Dina custodio, guía segura... La colocó en el convento como sirvienta... la llamó consigo al claustro... Las dos fueron a la puerta de la eternidad, sintieron juntas que llamaba a la puerta la presencia de la muerte y las dos apenas contuvieron el aliento. Se volcaba así tácitamente el corazón de la una en la otra. Hasta que a Marcelina, que sobrevivió a su hermana, la sentiremos exclamar: ¡Era mía y ya no está!; pero ella me mira desde el cielo. Que pueda yo unirte de nuevo muy pronto con mi querida Sor Clara.

CAMINOS DE DIOS

El convento de Gravedona

Dina crecía como la sensitiva que, en un ameno jardín, es flor modesta pero muy delicada.

Por lo cual, su hermana Marcelina que se daba cuenta de ello, habló a mamá Rosa de Dina. Mamá Rosa, con sereno rostro, profirió una de sus palabras, que no eran para un discurso, pero que tenían tanto valor. Dijo su mamá a Marcelina: pues bien, en cuanto a Dina, actúa tú.

Hay en Gravedona un convento de religiosas Canossianas, en un sitio delicioso, con amplio local e internado para jovencitas de condición humilde, monasterio donde, por caridad, se da clase a las pobres hijas del pueblo y, por celo de bien, se da cada jueves una conferencia a las casadas.

Entonces Marcelina puso sus ojos allí con detención y concluyó: mi Dina está bastante adelantada, y no es oportuno que se quede largo tiempo con la familia y se familiarice con el mundo... Tengo miedo por esta hermanita mía. Que ella vaya al convento, y no importa que vaya como alumna interna... no como monja porque es muy joven; sin embargo allí se arreglará como pueda: será un poco monja y un poco alumna. Mientras tanto aprenderá a leer, escribir, coser y quién sabe si algún día

podrá ser maestra... Y le habló: pues bien, tú eres para el convento; sé obediente... Dina sonrió dulcemente, dio las gracias y marchó acompañada por Marcelina.

Las dos hermanas se pusieron en camino con rapidez y tenían alas en los pies: parecían aquel pajarillo del que habla la Escritura Santa: *laqueus contritus est et nos liberati sumus*.

Los hermanos que había en la familia, no pocos en número y de variada edad, hablaban poco y dejaban hacer; pero no veían muy bien que aquel angelito hubiese emprendido el vuelo hacia su lugar.

Como religiosa canossiana

Dina Bosatta está en el convento de Gravedona. Poco importa que esté allí como educanda o como sirvienta, que luego sea recibida en calidad de religiosa: mientras tanto, ella se encontraba interna.

Así lo pensaban su hermana Marcelina y mamá Rosa. Y del mismo parecer eran Seconda, Sofía y las otras hermanas. El padre se dedicaba de corazón a su oficio de agrimensor; era buen cristiano y buen padre de familia y decía a su vez: mi Dina está bien donde está.

Y más contenta que todas, Dina se dedicaba a sus deberes. Es tímida de carácter y, a la vez, audaz en las cosas del espíritu; sonríe siempre, tiene los ojos con frecuencia enrojecidos e inundados de lágrimas. Jovencita, de estatura más bien pequeña que grande, sutil, sutil, tiene el rostro como transparente; un hermoso rostro como de virgencita de color moreno con mejillas sonrosadas y como un velo de bermejo transparentes que lo embellece.

El corazón de la jovencita se prepara para llegar a ser un corazón semejante al de María, penetrado de mucha alegría, afligido por profundo dolor. El Señor trabaja en ese corazón y lo prepara para que se convierta en un corazón semejante al corazón traspasado del Divino Salvador.

Apenas se daba cuenta la buena muchachita; y mientras tanto, ella se entregaba totalmente a las compañeras, a los superiores y a los humildes oficios que se le asignaban.

Fue providencia; debía ser escuela y modelo para un convento que nacía y debía saber un poco de todo: las labores de la cocina, de la limpieza, de la lavandería, del huerto, del jardín; aprendió muy bien la costura, el bordado; bastante bien la lectura, la escritura y la composición: no fue maestra titulada; pero estuvo a punto de ello.

Sonreía siempre; pero ocultamente lloraba muy de corazón: ¿por qué lloraba? ¿Por timidez natural, o, con mayor nobleza, por sensibilidad de espíritu? Ella quería cosas grandes, y se daba cuenta de que no podía... Amaba al Señor, y ocultamente lloraba. Pero sentía que le repetían en el fondo del corazón: *beatí qui lugent quoniam ipsi consolabuntur.*

Dina Bosatta aspiraba, además, a hacerse religiosa. Fue llamada a Como, a la Casa Madre de las Canossianas. Se tuvo consulta. Que sí, que no. Dina Bosatta fue despedida... ¡Qué dolor!

Pero fue una verdadera providencia... La oiremos exclamar al fin de su vida: Un día el convento de Gravedona me quería... yo hubiera querido estar allí... obedecí para no ir y desde ese momento comenzaron en mí las cosas que ocurren cada día... ¡Qué dicha!...

El sacerdote Cario Coppini

Quiero utilizar un poco de la beneficencia que otros han tenido conmigo, a mi vez, con otros: así pensaba el sacerdote Cario Coppini. Él había podido realizar sus estudios literarios hasta el sacerdocio, ayudado en buena parte por los donativos de los buenos en Domaso.

El canónigo Paolo Taroni lo tomó para que comenzara a instruirse en los primeros rudimentos, y los otros hicieron lo demás.

Explicó su programa: quiero ser sacerdote y, con la ayuda divina, quiero ser buen sacerdote. Mostró que querer es poder. Fue por casualidad secretario de Mazzini en 1848.

Consagrado a la cura de almas, decía: la *Civiltá Cattolica* es la vida de la mente sabia; y empezó a leerla en el Seminario y nunca ya la dejó; y de la *Unitá Cattolica*, dijo: este periódico es el amigo de mi corazón; y jamás se cansó de él.

Cuando llegó de párroco a Pianello reflexionó que podía hacer el mejor bien entre las hijas. Su programa fue la Comunión frecuente.

Quería a su mamá y la respetaba y ésta al hijo, a quien llamaba su cura. Tenía deseos de crear un asilo de hijas, pero repetía: no lo haré mientras viva mi mamá: el primer pensamiento es para ella. Mientras tanto, estableció lo que se llama: *Unión de las Hijas de María*, bajo los auspicios de Santa Angela Merici.

Esta fue la vida pastoral del párroco Coppini: estudio, oración, visita domiciliaria a las familias.

Tuvo sus consuelos y disgustos, como ocurre en la vida de cada hombre, hasta que una enfermedad que le afectaba desde hacía mucho tiempo lo sorprendió y lo llevó a Dios el 1º de julio de 1881.

Las Hijas de María de Santa Angela Merici

Las asociaciones católicas que surgen hoy son una bendición del cielo y un fermento que, metido en la masa del pueblo, prepara la pasta para que sea cocida y se convierta luego en un pan digno de ser llevado al banquete del Cordero.

El párroco Coppini adiestraba a las hijas en la piedad y las animaba a hacer el voto temporal privado de virginidad y, luego, tras una prueba y previo el consentimiento de los miembros de la asociación, las encaminaba hacia el noviciado y finalmente las admitía a la profesión de Hijas de María.

Con la ayuda de Dios crecen cada día y son el consuelo de las familias, el buen olor del pueblo y el honor de la religión. Asisten a los enfermos, corrigen y estimulan a la juventud hacia el bien, se ejercitan.

Frecuencia de Sacramentos, vida ejemplar; hablan poco, actúan de corazón; cuando una más se agrega a la pía sociedad, celebran fiesta; se reúnen una vez al mes para entrevistarse; una vez al mes hacen el ejercicio de la buena muerte; viven en el mundo y no son del mundo; son levadura en la masa —como en el pueblo de Francia después de la Revolución, como en los tiempos pésimos, grupos de cristianos que representan la fe, como Juan y María...— dando luego vida a los demás.

Las Ursulinas en Pianello Lario

El sacerdote Cario Coppini pensaba para sí: las Hijas de María resultan una buena prueba... de una cosa nace otra... Desde hace tiempo siento que debo hacer una fundación para ayudar... Otros me han ayudado a mí y yo quiero ayudar a otros... Así pensaba ya cuando era Capellán en Cóllico, y cuando fui párroco en Montemezzo, y en Pianello encontré un desierto y ahora me va dando algún fruto: esto es signo de Providencia... La mamá era un obstáculo... he esperado, la mamá nos quería, Dios se la llevó...

Pues bien, reunió a algunas hijas para que fuesen luego mamá de los que no tenían madre terrena... mamá de las hijas abandonadas.

Alquiló dos habitaciones, reunió a Maddalena Minatta con dos huérfanas; luego se unió Marcelina Bosatta...

Es la fundación que hago según las necesidades... No puedo llamarla Orden. Tienen uniforme... Dios las bendiga para su mayor gloria...

Comienzo *in nomine Domini* y con el consentimiento del superior diocesano, poco a poco, y todo como experimento...

Y así pasaron los años de 1871 al 1881, cuando, creyendo pasar a Como, pasó al Cielo, pero al encaminarse, repetía: no dudéis: El Señor os remediará y creceréis en número...

Desde este día las Ursulinas de Pianello Lario continúan su modesta tarea en Pianello y en Como. En abril de 1886 pueden iniciar la llamada *Pequeña Casa de Providencia* donde ya reúnen, en número de 100, a ancianas, enfermas, huérfanas, empleadas, y en otro apartamento de la casa, ancianos y sacerdotes... Tienen además el buen deseo de reunir también a algún sacerdote inválido... Dina Bosatta fue recibida en este asilo y entonces ella exclamó: después que salí de Como (donde había estado a prueba con las Canossianas), ahora mismo siento mi mayor alegría...

Aparece, pues, en Pianello una familia religiosa: nace, crece; se desea de corazón una obra; se la saca a la luz; se la favorece...

Belén deseada por 4 años... el Salvador crece en Nazaret, en Palestina.

Los comienzos cuestan mucho... *principiis obsta*... Se ejercitan de buen grado la fe, la caridad, la paciencia... abandono total en los brazos de Dios o del superior que representa

a Dios... sus palabras, su paciencia, su consuelo. Pero cuando el superior se hace querer, cuando está enfermo, cuando es perseguido... cuando decae... cuando muere, o cuando el padre espiritual y temporal muere, ¡qué dolor tan grande!, tanto más vivo, cuanto más arraigado y espiritual es el amor que se le tiene.

Trabajo; huérfanas... pequeños recursos...

Sor Clara... protegía... amaba... sufría...; era el angelito de la casa... toda para todos... mirándose en ella, todas quedaban confortadas.

Tránsito de fundador Don Carlo Coppini

Verdaderamente se puede llamar tránsito:

Porque fue ejemplo y escuela de virtud... de intrepidez... defendió los derechos de la Iglesia... ¡Cómo habrá escuchado las palabras...: *beatus vir... coronabitur... vos amici mei estis... vita ego sum.*

Sufrió siempre.

Jamás se dejó inficionar del liberalismo.

Tuvo un mal contagioso, pero confortaba: vosotras subsistiréis.

Expiró *in ósculo Domini...* población... emoción... fue *pastor bonus...*

.Y las huérfanas con vivo dolor... el pueblo, *nemo propheta...* los parientes... no tener en quién confiar... sentir dolor y soportarlo todo dentro de sí.

7) Ni ayuda material, ni moral... Había dicho...: vendrá... haréis incluso más, pero... ¡si la fe no consuela!... si la esperanza... *qui confidit in Domino non minorabitur.*

Nueva dirección para el asilo de Pianello

El 1º de julio de 1881, estando en Gravedona como coadjutor, como caballero caído del corcel, un poco confuso, entre humillado e incluso un poco indignado, oí que el párroco Coppini había muerto en Pianello Lario y oí hablar del asilo y de las piadosas mujeres y de las huérfanas que él había recogido.

Sólo conocía confusamente a aquel sacerdote, pero lo estimaba mucho. Se me ocurrió de repente que quizá yo podría reemplazarlo.

Este pensamiento creció vivo, vivo, y en un momento se me manifestó claro, como una revelación que dijera: poco a poco, pero allí comenzarás tu obra.

Mientras tanto, permanecí en Gravedona, y luego, el 26 de agosto en Olmo di Chiavenna, y desde allí, por San Martín, fui llamado por Monseñor Carsana, después obligado a concursar.

Llegué, vi, no me pareció oír clara la voz de Dios por ciertos impedimentos que provenían todos de intenciones humanas de otros. No quería concursar, pero fui obligado: no obstante, no me decidía a aceptar el nombramiento canónico, porque no quería cura de almas, y con más gusto volvería al lugar de donde partí, a Don Bosco, y quizá, si Dios quería, hubiera ido a América. Pasaron meses, y yo que, según la palabra del Obispo estaba asignado al asilo, me veía obligado a estar lejos de él.

Cuando se rasgó la nube de los equívocos, me dediqué poco a poco con cierto ardor. Durante cinco años, ayudaba con regularidad al asilo, dando una conferencia a las Maestras y otra, las tardes de los días festivos, a las huérfanas, y mientras tanto se oraba y se esperaba. Parecía que mis palabras aliviaban a aquellos corazones.

Sor Clara escuchaba con ansia viva, hubiera querido correr, correr, y cooperó no poco para que las hermanas se resolvieran a actos generosos de confianza en Dios, de propia abnegación.

Se oraba frecuentemente y de corazón, y esto contribuyó no poco al progreso de aquel piadoso internado.

El que esto escribe tomó su orientación y puso en la entrada de la iglesia parroquial la inscripción que encomia al Fundador Coppini.

El Pequeño Cottolengo

En el pío asilo de Pianello no había en total más que 24 personas, incluidas seis maestras directoras o piadosas mujeres. Y a pesar de ello, formaban como en embrión un pequeño Cottolengo, porque había muchachas de diversa edad y huérfanas, niñas abandonadas y en peligro; niñas que no habían llegado al uso de la razón; había alguna subnormal; alguna anciana e incluso algún anciano que murió allí.

Eran pocas en número y diversas en la edad y en la condición. Vivían pobremente; sin embargo, jamás se alteraba la paz. Cada uno atendía al trabajo de su propio oficio.

Yo me consolaba viendo este embrión de Cottolengo, que desde hacía mucho tiempo soñaba en mi corazón. Sor Clara se hacía toda para todos... tímida como una liebre, y sin embargo, fuerte como un pequeño león; por elección propia era la última de la casa, pero la primera para promover su marcha; era como la rueda de un taller que mueve muchas otras ruedas inferiores a su alrededor.

Cinco años de preparación y de espera

Yo no sabía qué hacer... La cura de almas no bastaba en una población de menos de mil habitantes para agotar mi actividad... El Asilo me sugería ingerencias limitadas... No resistiría a permanecer inactivo. Me atormentaba un pensamiento: ¿estás en tu camino, o fuera de él?... y mientras oraba, me entregué incansablemente al estudio... estudiaba en cada momento... de todo hacía objeto de estudio... no me creían... di a la imprenta un programa de hasta cincuenta pequeñas obras de historia, moral, hagiografía. Las últimas fueron dos obras de más envergadura: *Da Adamo a Pio IX* y *Le Glorie del pontificato*... Me fié de la Providencia, y conseguí pagar todo. Un día me llegó carta de América con un legado de cerca de 3.000 liras. Juzgué esto como el primero y buen principio; me encaminé al estudio con solicitud. El estudio confortaba mi espíritu y me procuraba medios para alimentar el espíritu de los otros.

La Providencia

Tener recta intención y luego dejarse guiar en todo y siempre por la Providencia, he aquí el buen modo de tener éxito en las cosas.

Estar atento a sí mismo y dejar decir, he aquí el modo verdadero de agradar a Dios, vivir tranquilo.

Hubo un momento en que parecía que todo se iba a acabar... Fue un momento decisivo... no se temía... confianza en Dios... estaba comprometido el procurador, la prefectura, el prefecto: allí hice muchos viajes —Sor Clara y sus compañeras estaban atentas a orar día y noche— desahogo en el llanto. Sor Clara en el tribunal de Dongo —cómo se prepararon Sor Clara y Sor Rosa— calumnias —ninguno que las apoyara— luego silencio. En Como se calló. Fue principio de gran bien; en abril se abrió la obra con la ayuda de Dios y cierta agilidad.

Una prueba

Vivían en su asilo estas piadosas mujeres y procuraban con todo su espíritu cumplir su deber, porque estaba sin apoyo humano, eran observadas en el pueblo; carecían de lo necesario para vivir, hacía falta de todo, por esto estaban vigilantes: combatir o perecer... Sor Clara excitaba a todas a la esperanza y a la oración. Decía que con la oración se consigue todo y afortunada ella cuando podía dedicarse con desahogo, al menos durante algunas horas, a la oración. Esto la confortaba de tal manera que en cualquier circunstancia de la vida era siempre la misma: escuchando las persecuciones, decía con amable sonrisa: el Señor lo ve todo. Fue una época en que se difundieron noticias: el cura sube a los montes en peregrinación, tiene demasiadas comuniones; las hijas del Asilo

hacen excesivas mortificaciones... incluso llegan a abrir llagas en los brazos de las internas... hacen trabajar y no pagan a las huérfanas. Estas habladurías llegaron a las autoridades administrativas y criminales que abrieron una investigación.

Se vino a reclamar al Asilo...: allí se forzaba a las hijas para que entraran. Clara reía... fueron llamadas al juzgado de Dongo... El que suscribía expuso sencillamente que eran preguntadas por mera formalidad. El juez era judío y tenía que proferir y referir en sentido de religión católica. Dudaba de que se asustaran, pero se le quitaron todas las dudas...: permanecieron impávidas. Y cuando llegó el momento de presentarse, Sor Clara, haciéndose la animosa, comenzó: el señor cura sabe lo que tiene que hacer... no está prohibido decir Misa en S. Bernardino, es costumbre... y sobre comuniones no hay ley que las restrinja... ¿o no tiene él sus eclesiásticos? En cuanto a nosotras, curamos de corazón las llagas de las muchachas, porque tenemos siempre subnormales, y no raramente tenemos algunas afligidas.

El juez quedó no poco sorprendido: bajó inmediatamente la voz y comenzó un tenor de conversación con el que manifestó claramente que tenían razón de sobra y las despidió diciendo que daría cuenta y dejó entender que en todo les era favorable.

Al regresar, un fulano le salió al encuentro a preguntar, y ella con ingenuidad lo interpeló: el señor pretor ha dicho que ha sido usted... ¿por qué hace esto?... Sí, precisamente ha dicho que ha sido usted, y se lamenta de que el Cura se haya ido al monte... y da demasiadas comuniones.

¡Cuánta ingenuidad en esta alma! Así terminó la prueba... y fue como esos nubarrones de primavera que amenazan con huracanes espantosos y dejan caer rociadas de agua que reaniman a la tierra de su sequía.

Intentos de fundación en Como

Lo decía con frecuencia el llorado fundador: vosotras en este lugar sois como planta que, arraigada sobre poco terreno rocoso, no encuentra alimento para desarrollarse.

Y decía algo que, en parte, era verdad, porque, aunque el primer campo que se ha de roturar era el del propio corazón —ya que en el corazón se deben perfeccionar las principales acciones de la vida—, no obstante también es verdad que ayudan mucho las circunstancias de tiempo y de lugar: Dios se vale frecuentemente de ellas para sus altísimos fines.

Pero ya el llorado fundador aspiraba a establecer una institución en Como. Y pareció que había llegado ya la hora de la gracia.

El que escribe, siendo un invierno con mucha nieve, se acercaba de vez en cuando a Como para ver un lugar adecuado; y aparecieron bastantes, pero el más apto pareció un terreno junto a la estación de S. Águeda, y luego, al fallar esa adquisición, fue a visitar al señor Antonio Biffi que enseñó su propiedad en el camino de S. Cruz, donde había una casa nueva de campo con un prado anejo... Pareció gustar... Se alquiló.

¿Qué hacían mientras tanto estas Hijas? Oraban y Sor Clara, que era como su vida, disponía que de la mañana a la noche en la casa se hiciera como una oración continua. Quería que a toda costa se obtuviese; con frecuencia comenzaba un triduo, hasta por la noche; se alternaban con ellas las huérfanas y las maestras: pero frecuentemente las maestras la hacían durar a veces hasta media noche, y a veces la noche entera. Se conmovían con la oración y de este modo en todo el asilo difundían una profusión de oración y un suavísimo consuelo para el espíritu de las internas.

Esta oración me infundía también a mí una fuerza sensible. De vez en cuando, se unían las vigiliadas y las preces de las numerosas Hijas de María del pueblo y así quedaba más confortado el espíritu de todas.

Esta oración consiguió que un día, cuando el infrascrito, desolado, se disponía a regresar de Como a Pianello, le saliera al encuentro el señor Biffi Antonio, ofreciendo la adquisición de su propiedad: ¡Veremos! Y él: ¿por qué no ahora mismo?... Se marcha el vapor... Es un momento...

Y se vio y en pocos días se hizo el alquiler que duraría un año, o bien se compraría dentro de seis meses, si era posible. Con esto se probó una vez más que quien confía en Dios *non minorabitur*.

La partida

El 5 de abril de aquel año 1886, se formaba una pequeña comitiva, casi procesionalmente, compuesta por dos maestras y cuatro huérfanas, en la ribera del lago fuera de la casa parroquial. Una maestra llevaba la reliquia de la Bienaventurada Virgen, para bendición de todas; y la ocultaba bajo el manto que la cubría. Se rezó una breve oración, se les dio la bendición y partieron llevando en una barquita todo el mobiliario de la fundación propia.

Los pocos que se percataron de lo que ocurría, las acompañaron con la vista; pero, pasada la capilla de S. Antonio griego, continuaron con la bendición de Dios y los demás a su oficio, contentos de aquella salida.

Llegaron a Como la mañana siguiente, habiendo pasado la noche en continua oración.

Sor Clara no estaba con ellas; pero las encontraría muy pronto, porque debía ser su superiora. Y ya se gozaban en poner sus ojos en aquel rostro angélico y todas se alegraban, al saber que una religiosa tan buena se reuniría con ellas. Sor Clara sabía que debía ser ella... no quería... no se consideraba apta, pero se daba cuenta de que debía hacerlo y, sumisa en su corazón, se daba a Dios y oraba por las religiosas y las huérfanas que dependerían de ella.

UN DESIGNIO DE GRACIA EXTRAORDINARIA

Una obediencia costosa

Se sentía la necesidad de expandirse: les parecía entrañable cada circunstancia de hacer un poco de bien; en una palabra, se quería progresar: la obra era como la salvación común. En esta casa conviene trabajar y en ella salvarse.

En Dongo se ofreció la oportunidad de ayudar en una escuela de beneficencia. Había que ir allá cada día de la semana. Se fijaron en Sor Clara: aceptemos se dijo, y luego, de una cosa nacía otra.

Se expuso el programa a Sor Clara...; no dijo que sí: tampoco dijo que no. Su rostro se sonrojó... mostraba cuánto le desagradaba, y sin embargo empleaba todos los medios para ocultarlo; ¡qué contraste! Por una parte, Dios y la obediencia; por otra, el sentimiento de repugnancia...; era como sacar fuera de su elemento a un pez, a un pajarillo, a un conejillo, a un ciervo, y obligarlo. ¡Qué dolor!... Ella miraba a Dios... quería sepultarse viva y huir, huir...

Con gracia lo eludió... volvió la espalda y dijo: no, pero no de corazón... Como vida apostólica... sacrificio de sí... ser de vida religiosa... cuidar aquellas almitas de niñas... todo esto sí; pero dejar el asilo e ir a Dongo y volver... teniendo a una huérfana por compañera... en fin... Que se haga... que lo haga ella... Y partió con un dardo en el corazón... como una liebre herida —como el pajarillo herido... Estaba dolida, pero obedeció... Oh, ¡qué compasión verla en el invierno... en los días lluviosos... en las jornadas de verano, pobre delgadita con un mísero paraguas... sola, sola, fija en Dios! Ahora que pienso en ello, me duele haberle dado tan cruda obediencia, pero me consuela que, al morir, decía: la más dura obediencia fue ir a Dongo, pero después de ella, Dios comenzó en mí todos esos favores que siento.

Sacrificio de corazón

Los sacrificios del corazón son los más penosos: Sor Clara, educada en el monasterio de las Religiosas Canossianas de Gravedona, recusada como Religiosa, fue solicitada de nuevo, para que ayudase, durante algún mes, a fin de ocuparse en ciertos trabajos de Iglesia que interesaban para la llegada del nuevo Párroco. Y se la dejó ir, y ella fue con cierto buen ánimo.

Aquellas reverendas religiosas se afanaron para que Clara quedase con ellas. Y se lo pidieron, pero en vano. Regresó a su familia y allí estaba con cierto íntimo malestar, que no dejaba traslucir afuera, pero que se leía por dentro. Hasta que vino a decir que ella se sentía inclinada a ello: que se trataba de pasar a una orden más perfecta; que la voz de Dios la llamaba; que el confesor de allí la exhortaba a ello; en fin, que ella tenía ganas de partir ya.

Se le respondió:

—Da gracias al Señor, incluso más especiales, por una casa que estaba naciendo, como el asilo en cuestión, fundado providencialmente y con tantos signos de protección divina.

—Que, mientras tanto, ejercitarse en la oración y en obras de caridad con las huerfanitas es una cosa más perfecta.

—Que aquí era columna y fundamento; allí su presencia sería poco valiosa y su superior ya no estaba allí, sino aquí.

—Que, al menos, tuviera consideración con el Fundador Don Carlo Coppini.

Sor Clara escuchaba y callaba, hasta que un día, que volvió a atacar, se vio vencida y concluyó: pues bien, ya no hablaré más de partir, hágase la voluntad de Dios y rompió a llorar. Y fue su gran éxito, porque aquí nos hizo mucho bien. Dios la ayudó y, al morir, confesó que el sacrificio de esta obediencia le procuró gran beneficio ante Dios y ante su propia conciencia. Así el sacrificio de su corazón fue compensado en amplia medida.

La recompensa

Sor Clara elegía siempre para ella el último puesto; se sometía a todas las leyes, se sometía incluso a los menores que ella; servía en todo oficio incluso en el más vil; rehusaba todo lugar honroso.

Se sometió enteramente, no le quedaba ya nada suyo: todo lo había entregado a Dios. El Señor la recompensó ampliamente. El entendimiento de Sor Clara comenzó a sentirse iluminado por una luz más viva. Se diría que el haz de luz interior se reflejaba externamente en su rostro. Merced a este don que ella hizo de todo su ser a Dios, el Señor derramó a manos llenas efusiones de afecto santo en su corazón. Ella quería a Dios: hubiera deseado abrazarlo sensiblemente y verlo cara a cara y, no pudiendo, se varaba a las criaturas que veía la llevaban a Dios y se miraba en el rostro de aquellos de quienes podía sacar una gota de agua para su corazón siempre sediento. ¡Qué admirable es el corazón de Dios, cuando en el corazón de sus siervos obra prodigios tan maravillosos!

Estaba tan cansada de esta tierra, que ya nada de ella le interesaba... Anhelaba morir; lloraba sus culpas como se dirá ahora.

El llanto

El llanto es como la comida y la bebida del hombre aquí abajo. Hay quien tiene el llanto sencillamente en el corazón y quien también lo tiene en los ojos.

Sor Clara lo tenía abundante en los ojos, pero más abundante en el corazón. Pero el llanto de Sor Clara era serio, un llanto de aquellos que la Iglesia llama una viva oración. Consideraba sus propios pecados.... la vida pasada, Dios fuente de belleza, el tiempo que se le escapaba, la belleza de la vida religiosa, el no poder alcanzarla en el grado que hubiera deseado: después las hermanas que sufrían, la superiora que no se preocupaba de eso, y todo junto le producía un mar de lágrimas y ella se desahogaba en un llanto amargo, pidiendo ayuda a Dios. Un alma pura y sencilla que llora y no sabe por qué motivo... ¡aquella alma que arranca del pecho su corazón!

El llanto es una plegaria elevadísima. Al Divino Salvador se le vio llorar a menudo, reír nunca. ¡Temerario quien desprecia las lágrimas de un corazón dolorido!... el Divino Salvador dijo: felices los que lloran por sus propios pecados y por los pecados del mundo; felices porque serán consolados.

En Como

Como es una pequeña ciudad antigua, en la desembocadura del máximo Lario... antes residencia de antiguos romanos... ahora llena de conventos.

En los centros está el mundo... mayor en el bien y en el mal: la malicia y la piedad más refinada se centraliza; pues bien, del centro se difunde a la periferia.

Llegó por casualidad el arrendamiento de casa y terreno... fue cosa providencial...

El 5 de abril de 1886 hicieron vela... no se debía dejar esperar ni un día más... ¡déjame ir despacio, porque tengo prisa!

Principiis obsta

¿Qué podían hacer dos piadosas mujeres jóvenes con unas pocas huérfanas, algunas todavía niñas? Solas... en un lugar de fuera... el director que vigila desde lejos sus pasos... *principiis obsta*... Sor Clara solitaria... bajo este aspecto se encontraba en lugar propicio. Oraba, sufría, esperaba; habría tenido corazón para realizar acciones generosas, ¡pero qué podía hacer la pobre virgencita, sola, sin dirección inmediata y ni siquiera libre, para dar una orientación viva a la empresa!

Y sin embargo, con la ayuda de arriba y la mirada en lo Alto, Sor Clara continuaba la obra de Dios y vivía en su gran corazón las esperanzas y temores, los bienes y los males de la vida y por todo alababa a Dios.

CARIDAD DE SOR CLARA

Para con la Casa

Sor Clara pensaba sencillamente: estoy aquí y aquí me ha puesto el Señor. Esta obra que se emprende es de Dios; si yo tuviese una duda fundada de que no lo fuera, sería la primera en echar una mano para derribarla; pero yo debo esperar en esta obra.

Quiero que sea para esta obra todo pensamiento de la mente, todo afecto del corazón, toda fatiga del cuerpo. Soy de Dios y de esta obra de Dios, la cual aún es niña... es una semilla echada... necesita que todos la cultiven... hace falta gran corazón... corazón de madre... que Dios me ayude; que el Corazón de Jesús añada un poco de su amor a mi cariño.

Sor Clara pensaba precisamente así: ¿podía no ser escuchada?... Y el Señor la escuchó con benevolencia.

Con sus Hermanas

El amor de Sor Clara para sus Hermanas no era amor intelectual, de razonamiento sensible y temporal, sino que era especialmente espiritual; en

las Hermanas miraba la grandeza de la vocación, la devoción al hábito, la sublimidad del oficio. Consideraba una por una las penurias de pobreza y de trabajo incansable y ardía toda ella en ansias de aliviarlas, veía y gozaba. Pero no manifestaba su afecto sensible, porque temería menoscabar la virtud de sus amadas.

Al ver ciertos defectos, de carácter o de incompatibilidad, ardía en vivo dolor, pero todo lo ocultaba en su corazón. Y cuando estaba encargada de hablar de ellos, se expresaba con tanto ímpetu de corazón, de fuerza, y de suavidad, y ciertamente tan de corazón, que inmediatamente las Hermanas se rendían en todo a su discreción; aunque era la más joven por edad y servicio, tenía autoridad moral sobre todas y plenamente. Pero jamás se hacía notar su ascendiente.

Con las huérfanas

Tenía ante sí como un gran hospital, el hospital del mundo en el que veía toda clase de lisiados y ciegos... o como los enfermos de una probática piscina o como la casa de Zaqueo o la de la Magdalena, en peligro... y ¡oh!, ¡cómo sufría vivamente su espíritu! Deseaba ser anatema por todos...

Se ganaba a todos con la sonrisa... Querían a Sor Clara... corrían a su encuentro... Era como Don Bosco... una sonrisa... una palabrita... un servicio... Este era nuestro angelito...

Con las Hermanas no se atrevía... pero con las huerfanitas era toda de todas. Cuando estaba ausente, por un breve tiempo, parecían perdidas... Cuando estuvo enferma y desconfiando ya de que sanara, se sentía un gran vacío en la casa; pero se daban esperanza y, mientras tanto, las otras la reemplazaban, tomando su lugar.

El Divino Salvador abrazaba a los niños. ¡Cómo agradaban al corazón de Sor Clara la sencillez y la inocencia de los niños ingenuos!

Con los visitantes

Sor Clara era una ermitaña, una contemplativa, era paloma y casi águila; pocos llegaban hasta ella, y ella se escondía al oír que venían, o cuando le preguntaban, pensaba en su corazón: ¡qué puedo yo... qué puedo decir, cómo se engañan al buscarme... si yo debiera dirigir, qué penitencia para mí, qué daño para las Hermanas! Pero, obligada a responder, enseguida salía al encuentro con rostro alegre, hacía notar que le proporcionaban un placer al exponerle sus necesidades y hacerse cargo de ellas. Escuchaba y respondía pocas palabras, pero tan oportunas que las otras quedaban plenamente satisfechas. Era como un tomar y dar del pan de la vida. Quien partía, sentía, sin saber el porqué, un gran contento en el corazón; ella, que se quedaba, gozaba de poder atender a los oficios de su casa y a sí misma del mejor modo posible.

ORANDO Y TRABAJANDO

Sor Clara en los oficios de casa

Sor Clara, sin ser superiora, era en la casa la vida de todas; la rueda del edificio que movía muchas otras.

Miraba a la superiora: se daba cuenta de lo que podía agradarle y, luego, era toda para todas. Quería el orden y la limpieza en las personas, en las cosas, en la cocina, en la casa, y ella daba ejemplo de lo mismo en sí; era pobre, pero tersa como el agua cristalina de la montaña; nada había fuera de lugar en la persona, quería limpieza en las huérfanas; curaba las llagas, lavaba y todo lo quería en su lugar; retozaba como pajarillo de rama en

rama; escasa de fuerzas, pero ágil, una monjita toda espíritu y fuerza de agilidad... en la cocina y en el huerto, al coser, al bordar, al planchar, al hacer las hostias, en la panadería, al hacer las camas, al remendar los vestidos: totalmente pendiente de la escuela, de la oración, tenía todo presente como en un cuadro delante de sí; era el ojo de la casa, que veía todo y estaba en todo: monjita tan débil y, sin embargo, tan ingeniosa... ¡qué dulce espectáculo!

En la iglesia y en la escuela

Sor Clara era, además, sacristana en la pequeña casa y maestra en la escuela. Como sacristana difundía todo el amor de su corazón: un oratorio pobre, pero bien limpio, un altar modesto, pero bien cuidado y en todo el oratorio una armonía tal, que ponía de manifiesto la mano experta que lo gobernaba: era el exterior del pequeño santuario lo que ella misma era en el interior de su corazón. ¡Cuánta piedad en ese corazón! ¡Sin embargo, no se manifestaba y no todos lo conocían! Y en la escuela era la madre, la maestra, el ángel tutelar...; enseñar a leer, escribir, hacer cuentas, cuanto era preciso para las niñas del pueblo: esto era lo que comúnmente se deseaba, y ella se afanaba y añadía la costura, el bordado, hacer flores y cosas semejantes, porque decía: cuanto más puedan aprender, tanto mejor para ellas, ya se queden aquí o regresen a sus casas.

Aprovechaba todos los momentos de descanso y decía a todas: aprended, porque el saber algo es don especial del Señor.

En el recreo

El recreo duraba muy poco, porque la mayor parte de él lo dedicaban a las ocupaciones; todo es para los servicios de la casa y para proveer cada una a las necesidades de coser y de lavar o algo parecido.

Los días festivos se prolongaba un poco más y en esos días Sor Clara se entretenía con las alumnas; con la palabra, con el gesto, con el acompañamiento les decía que estuviesen santamente alegres, porque la alegría del corazón añade vigor y aliento al mismo cuerpo. ¡Oh, cuánto bien hacía en los recreos! Estudiaba los caracteres, multiplicaba su cariño a las internas; al ver a alguna distraída, se llenaba de vivo dolor y rezaba por ella diciendo: ¡quien sabe si algún pensamiento funesto está trabajando en esa mente! Al sonido de la campanilla, quería que se retiraran inmediatamente, porque decía: la voz de la campanilla es la voz de Dios, hay que obedecerla con suma solicitud.

Los paseos

Las mentes juveniles corren hacia Dios, pero por medio de las cosas sensibles. "*In sensibilia...*". Si esto vale para el hombre, mucho más para el niño, en el que la fantasía precede a la razón y la acompaña. Durante el año hay días en los que se junta el período de muchos meses; la mente juvenil mira allá y dice: si soy juiciosa, conseguiré esto y aquello, y mientras tanto se estimula al bien. Decía Sor Clara con sonrisa amable: haced el bien y luego os acompañará la superiora en un agradable paseo... veremos... haremos... encontraréis cosas que os gustarán mucho. Y era fiel en cumplirlo, porque, de otro modo, no sería escuchada en adelante.

El paseo era un tormento para Sor Clara y, a la vez, un gozo grande por la alegría que veía en las otras. ¡Oh, qué dulzura de alma santa! Cómo difundía sus sentimientos... expansionaba su corazón... hacía observar... instruía... Menaggio, Rezzonico, Sorico, eran los sitios más frecuentes... Se comía con gusto una pobre pequeñez, luego visitaban una iglesia, un cántico sagrado... una peregrinación entrañable...

Los pobres dicen: dichoso este lugar que ha recibido un colegio de mujeres piadosas... El Señor las proteja y las bendiga... Alabado sea Dios.

Las pequeñas academias

El alma de la juventud, hecha para la verdad, quiere siempre algo nuevo y bello; a esta belleza y a este bien aplican con frecuencia la mente y el corazón por largo tiempo; las pequeñas academias son como indispensables pequeños teatrillos; se trataba de fiestecillas para el onomástico de las maestras, son siempre medios para llevar a la piedad y a la perfección a las almas... Los teatros están en la naturaleza... este mundo es un teatro.

El alma delicada de Sor Clara se aplicaba con gran fruición a estos teatritos y todos gozaban mucho con ellos. Allí se entendían los corazones, se medían las inteligencias; se afanaba para que las hijas tomaran gran amor a la casa, a las compañeras... ese poco de belleza y de amor que hay en la adquisición de la virtud... ¡Cuántos recuerdos entrañables, cuántas impresiones deliciosas! La vida de una jovencita pura... la lucha de virtud, un vicio que hay que reprimir: elegía, cuanto de bello y grato le podía sugerir su hermoso corazón. El entretenimiento duraba pocas horas... agradaba a los de casa y a los de fuera. Venían con gusto a pasar una tarde de carnaval los de los alrededores... era una caridad para aquellos pobres campesinos, una satisfacción para todos, y una grata sorpresa. Hacía presentar la mano modestamente y, recibidos algunos pocos dineros, Sor Clara se conmovía con gozo altísimo. Ella quedaba contenta y todos con ella.

HAGAMOS UN POCO DE BIEN

Las primeras Comuniones

Sor Clara es la madre espiritual de las hijas que no tienen madre. Pero ella es ante todo madre espiritual, y luego temporal. Recoge a aquellas almitas, las mira con ojos de fe, las encomienda a Dios: sigue sus pasos, las acompaña hasta el gran día.

Poco a poco, como los catecúmenos, se inician en los grandes misterios. Tienen poca fe y poca capacidad, ¡pero benditos los que saben hacer crecer en ellos la fe y laboriosidad! Se abre de par en par el cielo sobre sus ojos, penetran en los misterios, se encaminan en largos y queridos viajes, ¡y qué viajes! Hoy y siempre darán gloria a Dios.

El día de la primera Comunión es una reparación del pecado, una alegría para el presente y para el porvenir, es un gozo altísimo, una prenda de confianza.

¡Benditas hijas acompañadas por un corazón puro!

Benditas hijas que volvéis de la augustísima comunión; oh, cómo habéis dado gloria a Dios... cómo habéis alegrado el corazón de la madre... Os quiere como angelitos, en su corazón os reverencia y casi os venera... ¡Benditas hijas, cómo os amo y os honro siempre! Dad gloria al Señor y vivid felices por muchos años; ¡sed el amor y el consuelo de la casa que os alberga... haced descender sobre ella todo un colmo de bendiciones!

La Sagrada Comunión

Sor Clara se hacía este sencillo razonamiento: Dios es tan bueno, ¿por qué no acercarnos a El?... Es nuestro papá de familia, ¿por qué no obsequiarlo al menos cada día? Es el amigo y el esposo de las almas y está ansiosísimo de hacer florecer los corazones... es el amante de nuestros corazones... Nosotros somos corazones fríos, pero Dios los caldeará; nosotros valemos muy poco, pero el Señor suple... Cuanto más pobres, más nos ama. Bendito el Señor que está cerca de nosotros.

Rezamos por vosotros, bienhechores, padres, pecadores... Valemos muy poco, pero al menos rezamos de corazón. ¡Qué grande y bueno es el Señor Dios nuestro!

A las niñas que veía con buena voluntad se dedicaba con todo el cuidado que le parecía necesario; y realmente bastaba. Mientras tanto, el Señor estaba con ellas y Dios con ellas. ¡Qué felicidad! un grupo de hijas que, sedientas, corren a la fuente. ¡Qué grande sois, Buen Dios, en vuestros designios! Providencia de Dios, ¿quién puede dudar de Vos, cuando constantemente nos colmáis de tantas bendiciones?

¿Y las hijas disminuidas? ¿No podrán comulgar, al menos, de tiempo en tiempo?

A esta pregunta Sor Clara respondía sencillamente diciendo: es tan bueno el Señor... estas almas son disminuidas para el bien, también son defectuosas para el mal... Son

criaturas de Dios... palpitan de amor y gratitud. ¡Oh, cómo agrada a Dios el corazón de los disminuidos! Amad a Dios, amadlo con todo...

Por medio de las cosas sensibles las llevaba a las intangibles... les hacía entender que el pan de la Comunión no es el material... el juntar las manos y el mirar ansioso y el mostrarse, mientras tanto más atentas y fieles a los propios deberes; todo esto captaba la atención de sus corazones. ¡Qué bello y querido es el corazón del cristiano! Sólo con esto, ella respondía a las cuestiones de los teólogos que dicen que se puede permitir la Santa Comunión incluso a las disminuidas, una vez al año por Pascua, y según las circunstancias, de tiempo en tiempo, y en caso de muerte, aunque no tengan demasiado conocimiento, pero teniendo no obstante corazón generoso y agradecido.

La piedad cristiana

Sor Clara predicaba mucho la piedad cristiana con su palabra y con su ejemplo; no se consideraba apta para ser misionera, ni presumía de serlo; pero una mirada suya, una indicación de su cabeza, una sonrisa, a veces una conversación, servían mucho para encender en los corazones cristianos la fe y la devoción. Promovía muchas obras de piedad: la hora santa del jueves, los nueve oficios del Sagrado Corazón, la Santa Comunión del viernes, el ejercicio de la buena muerte; las novenas de la Virgen, del Señor y de algunos santos y santas: S. Francisco, S. Águeda, S. Úrsula, se practicaban con especial fervor.

Las practicaba ella... las hacía practicar a las otras, y desde el Asilo pasaba el ejemplo a los de fuera, de manera que a todos llegaba un poco de bien.

¡Oh, cómo agradan al corazón de Dios la fe, la piedad cristianas! ¡Y cuánto bien hacen a las almas! Son la semilla de buen trigo... son la semilla de planta de olivo.

Ahora bien, dad gloria a Dios y exultad todos, ya que por un justo llega mucho bien a todo un gran pueblo.

Pero no dejaba que se le subieran los humos a la cabeza, no dejaba que se le empobreciera el corazón; decía a Dios: todo por Vos y por los hijos.

Y en el cuerpo miraba el alma, una palabra, una mirada... oraba de rodillas... la veían y los otros se movían a sentimientos de alegría. ¡Qué alegría tener un angelito al lado!

Qué entrañables eran aquellas sonrisas... Les servían de alivio en sus males. Diestra en los servicios, no hacía ruido, era toda ojos y toda atención a toda clase de actos buenos.

Había en la casa un anciano y una anciana. El anciano con su costumbre de beber había enfermado... era septuagenario... tenía un carácter tolerable, más bien bueno... se contentaba con un cigarrillo y un vaso de vino.

Sor Clara estaba atenta a todo..

Con los enfermos

Son miembros pacientes, son hermanos, son criaturas de Dios... son cristianos: ¡Oh, cuánto apremia para que se les asista!

Estudiaba sus deseos... se privaba del propio consuelo y se ingeniaba para aliviar el cuerpo de los enfermos: en una palabra, era toda para todos; los visitaba en todos los tiempos y decía: es un deber de cristiana, de religiosa, de Hija de María. ¡Cuánta alegría! ¡Cuánto bien puede hacer y cuántas virtudes practicar!

Mayor dificultad había con una anciana que, a veces, se volvía intolerable, muy avara... tenía sus dineros, era extraña, quería dormir... Me parecía que estaba rozando la muerte como un perro, y así fue contra la voluntad de todos. No estaba enferma y fingía estarlo y a todas horas, de día y de noche, había que estar allí. Un día enfermó... Parecía poca cosa... No se quiso confesar... en la tarde no empeoraba, pero, por la noche... velaremos... no se la dejó más que de las once a las cuatro; entonces se la encontró muerta... juicio del Señor... Clara sufría... había rezado por ella.

Con los de fuera

Sor Clara, para con los de fuera, era como un corazón que quería manifestarse todo, pero que, al manifestarse, temía algún peligro; era muy cauta: era como el perro fiel que no quiere desagradar a su dueño, y está palpitante a la puerta de la casa. ¡Cuántos sentimientos piadosos!

Tenía ansia de hacer un poco de bien... hubiera querido ser misionera y salvadora de gente, decía: he aquí las almas a las que yo he de hacer un poco de bien. Pero inmediatamente se concentraba y decía: ¡quién soy yo para merecer tanto... y dirigía su piadosa mirada en torno y suspiraba: quizás yo hago mal... mi regla me lo impide, pero yo ahora no podría renunciar!

Alma castísima y prudentísima, siempre se veía batallada por sentimientos opuestos. Debo hacer el bien y me veo combatida para hacerlo. Debo transgredir la regla para hacer un poco de bien... debo luchar contra Dios para hacer un poco de bien... ¡qué batalla más cruda!

. Mi regla

Mi regla: he aquí el suspiro del corazón de Sor Clara... Mi regla sobre todo y siempre. Sabía que la regla es el fundamento y la raíz de todo; que con la regla se hace todo, que sin ella todo es confusión... Quería la regla en todo: *serva ordinem et ordo servabit te...* Era tan buena aquella querida alma que en todo y siempre veía a Dios. La regla... era su segundo evangelio, su norma, su vida siempre. ¡Qué castos pensamientos y qué piadosos afectos por la regla! Decía: aunque nada somos, Dios quiere valerse también de nosotras... En su corazón tenía la nada y lo mucho... lo finito y lo infinito, todo lo grande y lo mínimo... ¡Alma bien nacida, cómo se llenaba toda de admirable dilección y amor!, con las huérfanas... con las Hermanas... en todo... porque decía: en la regla está Dios... Dios está constantemente en nuestra regla.

El espíritu de la regla

Sor Clara reflexionaba dentro de sí: en cada casa hay mansiones diferentes y para cada mansión se tiene un espíritu especial: un querer... una mente... una actitud...

Como en la familia humana hay una mesa apta para todos los gustos de modo que hasta los estómagos más débiles pueden servirse de ella, así en la familia humana moral los alimentos para el alma, variados y sabrosos, según las circunstancias, tienen inmensa variedad. Y tal cual son las variedades, así también las disposiciones de las personas. Cada persona tiene su actitud, su particular don, un no sé qué que atrae y arrastra admirablemente los corazones hacia sí.

Ahora bien, ¿cuál es mi oficio, si no es el de estudiarme profundamente a mí misma y dar gloria al Señor? Demos la impronta a nuestra regla; démosla con eficacia de modo que el Señor, óptimo y benévolo, pueda servirse válidamente de nosotras.

MISTERIO DE SUFRIMIENTO

Preparación a graves padecimientos

Se veía a Sor Clara que con grandes dificultades arrastraba sus días. Era frágil de salud y tan débil que maravillaba cómo podía sostener sus fatigas cotidianas por largo tiempo: sin embargo, con su brío juvenil llegaba a todo y tenía puestos los ojos en cada cosa para proveer enseguida.

Pero, por mucho que lo ocultase, todos temían por su existencia; y las que estaban cerca de ella bien se daban cuenta de que muy pronto quedaría truncada su carrera aquí abajo.

Era una máquina puesta en marcha que no se podía detener: el hábito de orar y de trabajar se le había metido como una segunda naturaleza.

Y, luego, no se la podía detener para no hacerle perder ocasión de merecer.

Y si, finalmente, se la obligaba a cuidarse, sufría mucho más en su espíritu. Se veía claramente que el Señor la quería para sí y había que decirle adiós. ¡Qué misterio de sufrimiento éste! Es el Señor quien quiere las almas para sí.

La separación

A Sor Clara ya no había quién la retuviese. Era la peregrina que finalmente ha alcanzado su meta. Se veía al confín de la patria y quería entrar.

Al pasar con frecuencia ante la puerta de la casa paterna, echaba una mirada; la mayor parte de las veces pasaba recta, recta, sin conmoverse en lo más mínimo. Vivía desapegada de todo y de todos en la casa del Asilo en Pianello y en Como. Su corazón latía por Dios y por el prójimo con su más vivo amor; pero era un cariño totalmente espiritual como de una persona que quisiera vivir y amar fuera del cuerpo; no había atractivo tal que la pudiera alegrar o entretener aquí abajo ni por un momento.

Y así todo, siempre la preparaba para su partida de este mundo.

Viendo aquel rostro espiritualizado, aquella compostura, aquella ansiedad de corazón... todo probaba que en ella ya no había apego alguno: estaba en el mundo, pero no participaba ya del mundo. Era como el pajarillo, que cubierto ya de plumas, está a punto de dejar el nido y de confiarse al aire puro.

El día 24 de noviembre de 1818, la segunda vez que fue al hospital, Sor Clara tuvo un desmayo al comienzo del Santo Rosario. Fue llevada a la cama... manifestó que sentía una pena interna gravísima..

Ese día en el hospital, encontrándose con tanta gente, sentía vivísima necesidad de hallarse sola... Había sufrido tanto... quería morir.

El 25, Sor Clara Bosatta sufría mucho y decía: quiero ocultarme... todo el día en el desván... Y se puso a llorar desde las diez a las once... se creía la peor y la más indigna de todas: quería morir...

En la mañana del 26... cordura y alegría... todo pasó..., tuvo algún desaire con Sor R... por lo que sentía el más vivo dolor: celo por las imperfecciones... no las podía tolerar.

Martes, 27 de noviembre, en la meditación de la corona de espinas, Sor Clara se desmayó y fue llevada a la cama y volvió luego para la Santa Comunión.

Sor Clara sufría siempre: llevaba en su corazón los dolores agudos del Corazón de Jesús.

Escribía el día 11 de mayo de 1886: no tengo confianza alguna de curarme de mis ojos... El mal de estómago, de los ojos, recuerdo que lo he tenido siempre. El vómito a veces sólo me dura un cuarto de hora o media hora; a veces, dos o tres horas, y no soy capaz de hacer la digestión desde una a otra comida, y entonces me viene también dolor de cabeza. Me sucede también que, de vez en cuando, me siento desfallecer con punzadas en el pecho. Soy débil y cuanto más como, siento que disminuyen más mis fuerzas y me repugna la comida, sea la que sea. Creo que este mal ha sido la paga de todos mis caprichos hechos, hace tres años, cuando quería hacerme monja con las de Gravedona. Aquel año me duró este mal casi dos meses, el año pasado, tres y ahora ha tomado posesión y viene y se va cuando quiere. A veces por la parte del corazón y por la parte derecha me asaltan dolores agudos, pero vienen y pasan como relámpagos... quisiera morir, pero aún no he hecho nada.

Tenía una enfermedad en los ojos, la granulosa, contraída al curar la misma enfermedad que entró en las huerfanitas. Ese año la acompañaron a Como y fue visitada en el hospital. El médico Luzzani decía que había que operarla y ella permaneció valerosa. Sor Giovanna temblaba totalmente y yo con ella, pero Sor Clara, habiéndola hecho sentarse, tenía sus ojos abiertos; el médico le alzó los párpados; con toda comodidad le raspaba las excrecencias de carne; salía tanta sangre que le corría abajo por la cara y ella no hacía la mínima contracción, ni profería un lamento. ¡Qué fortaleza! El médico quedó profundamente admirado. Se enjuagó con agua, y así lavada y limpia partió y corrió a las religiosas, antiguas maestras suyas, que la colmaron de abrazos.

Al preguntarle si había sufrido mucho, respondió que nada, pero se veía que ella en todo quería ocultarse y no aparecer.

El médico prometió curarla, pero ella sin bajar la cabeza demostraba que tenía poca confianza de ello. En mayo siguiente moría.

De este modo, todo se preparaba para el sacrificio de una víctima ya madura para el Cielo.

Las penas del espíritu son sutiles como el fuego. Forjan la mente, forjan el corazón, forjan el mismo cuerpo hasta reducirlo a debilidades, desmayos y agotamiento. Pero es una debilidad que, a la vez, vigoriza el alma, es un ardor en el corazón que, a la vez, deja una viva satisfacción de espíritu; es un ardor saludable que rocía todo el cuerpo humano. Sor Clara soportaba estos vivísimos afectos de dolor y de amor.

Sobre todo la consumía un no sé qué de melancolía que ella no sabía bien si venía de Dios o del demonio. Era una sensación sombría y, a la vez, agradable; era un misterio por el que el espíritu sentía ganas de llorar continuamente. Oh, si hubiese encontrado un lugar donde enterrarse y llorar los males por los que se sentía oprimida. Encontrarse allí y llorar: sus ojos estaban siempre inundados de lágrimas.

Lloraba y al llorar pensaba entre sí: ¿Agrado al Señor... o lloro acaso por mi vana imaginación? Este llanto ¿es de Dios, del demonio o de mi fantasía? Al pensarlo, se dolía profundamente como el caminante que, al caminar, ignora si el camino le conduce a buen término. Estar en medio de la noche borrascosa, caminar para llegar a la patria donde esperan, para consuelo, los seres queridos de la casa, y luego ignorar adonde lleva el camino, ¡qué terrible tormento!

Y luego pensaba: ¿qué dirán de este llanto mío los presentes, o cómo será interpretado? Puedo dar escándalo, y si lo diese, ¡miserable de mí! Pero la confortaba el don de lágrimas y el saber que son felices quienes lloran por amor a la justicia y el cerciorarse de que el llanto podía ser de Dios, porque la llevaba a desprenderse más vivamente de las miserables cosas de aquí abajo y a unirse más íntimamente a Dios; el don de lágrimas le iluminaba la mente y movía su corazón a instigaciones más saludables, y así se complacía, en gran manera, al cerciorarse de que cuanto en ella sucedía venía del influjo benéfico de la gracia divina. No cabe duda: el Señor prueba los espíritus y los dirige según su santa ley. Está escrito que esta vida presente es vida de llanto; que el paraíso es tierra de gozo: esperemos hasta que todos podamos llegar al lugar de la bienaventuranza. Con este pensamiento Sor Clara dirigía su espíritu a lo Alto y así se confortaba en las miserables calamidades de la vida.

¿De quién soy yo?

Este es el tormento del alma fiel, probada por el juicio del Señor. Jesucristo en el huerto, por el terror de las figuras del demonio y del pecado que se le presentaban, se horrorizaba exclamando: Si es posible, pase de mí este cáliz... Y en el Calvario gemía: ¡También Vos, mi eterno Padre, me habéis abandonado! ¡Ay, qué tormento encontrarse suspendido entre el Cielo y el Infierno, y no saber aún a quién se pertenecerá! Incertidumbre del prisionero: mañana se dará la sentencia, ¿cuál será? Mientras tanto, mil fantasías se asoman a la mente y ella suspira y gime con ansia vivísima.

¿De quién soy yo?, exclamaba Sor Clara. Veía a mi Señor lejos, lejos... no podía alcanzarlo... Se abrazaba a quien podía acercarla y, a la vez, se apartaba, diciendo: no soy digna... y no sé de quién soy... Se veía lejos, lejos del Señor y le parecía que el espíritu maligno se burlaba de ella y que tenía el infierno preparado a sus pies. Cuando a veces el dolor se hacía más intenso, ella se estrechaba más consigo misma, se recogía en sus miembros como una desolada; hasta los ojos se le oscurecían y sentía un tormento de agonía que, si hubiera durado más tiempo, hubiera expirado; Dios me ha rechazado... que se alejen todos de mí, que soy una criatura despreciable y vil. Hubiera querido huir cien mil millas lejos, invocaba las grutas, las cavernas, las entrañas de la tierra para que la ocultaran de la vista de Dios. ¿De quién soy yo?, exclamaba, pues, con ansia vivísima; ¿de quién soy, pues, yo?

El Señor permite esto porque, si supiéramos que estábamos en gracia de Dios, nos daríamos a la buena vida... tomaríamos pie para decir llenos de soberbia: tengo salvada mi alma ya, y no soy como tantas otras almas.

Además, un temor razonable nos hace adherirnos más a Dios. Exclamemos, pues, "de quién soy yo", y, al decirlo, confiemos, sobre todo, en la misericordia del Señor.

Mis males

Siempre tengo presentes mis pecados. Soy una miserable criatura. Como en un espejo veo en mí la mancha del pecado original y me doy cuenta detalladamente de sus consecuencias. Mis imperfecciones, mi corazón miserable, mi mente tan poco clarividente, el cuerpo que me arrastra a las comodidades, a la esclavitud del alma... yo me veo como en un espejo y como en otro espejo veo a Dios, y vuelvo la mirada, asustada, y digo: ¡miserable, quién me salva!, ¡miserable, quién me salva! Quisiera ocultarme bajo tierra, no puedo dejarme ver. Soy la criatura más indigna de todas: quisiera sepultarme viva... Sirvo de escándalo a mis compañeras, ¡ay de mí, que soy la ruina de todas! Ahora bien, ¡quién me salva! Ciertamente he confesado mis pecados, pero es verdad que los he cometido. ¿Y yo he osado ofender a Dios tres veces santo? ¡Ah, mísera!, ¿quién me salva ya?

Penitencias

Mis escasas penitencias son mi vida. Oh, si pudiese adquirir un poco de fuerza y luego maltratar este cuerpo mío que es el tirano de mi alma y mi perpetuo enemigo. Me ha ilusionado ya tantas veces, y tantas y tantas me ha traicionado. Ya no le creo. Quiero disgustar a mis gustos en todo lo que pueda: a mi oído lo quiero reprimir y a mis ojos quiero ponerles defensa para que no miren desordenadamente a derecha o izquierda. Y quiero encadenar mis manos y mis pies y poner cinturas de cadenas en mis brazos y cinturas de cadenas a mi alrededor y luego que un látigo de hierro me agujíonee para caminar ¡vamos!, camina, borriquillo de mi cuerpo: te basta un poco de paja para sustento; una carga en las espaldas es tu deber y te hacen falta bastonazos.

Quién sabe si el Señor Dios tenga piedad de mí y me escuche. Con estos pensamientos Sor Clara se regulaba a sí y se trataba a sí misma.

Estudiaba todos los modos de estar incómoda: al sentarse, al caminar, al estar de pie, al acostarse. Era dichosa, cuando estando segura de que ninguna la veía, podía esconder en su lecho algún pedazo de madera o de otra cosa que le molestase en el sueño. Más dichosa aún, cuando al despertarse, podía saltar del lecho y orar.

Por la noche se acostaba muy tarde: era la última en descansar, la primera en levantarse por la mañana.

Al acostarse, sentía una amargura en el corazón, y al levantarse daba un latigazo a su borriquillo que ciertamente le dolía mucho. A veces se veía obligada a volverse a acostar, porque no podía mantenerse en pie. Tal vez tenía que salir del oratorio o de la iglesia, lo que le molestaba mucho; pero ella esperaba un instante y luego se rehacía con los latigazos a su jumento, como ella llamaba al borriquillo de su cuerpo.

Además, Sor Clara recurría a esta piadosa ingeniosidad: suplicaba por la mañana a su ángel custodio que la despertase, y que le hiciera escuchar el sonido de la campana del Ángelus para levantarse solícitamente.

San Pedro de Alcántara enseña que vencerse en el sueño es, entre todas, la mayor dificultad. Y él, para superarlo, se agarraba con las manos a un madero clavado en la

pared y estando así en pie, se recostaba para dormir una hora. Sor Clara hubiera querido imitarlo y, por tanto, practicaba toda su ingeniosidad.

Mi secreto es mío

Mi secreto es el secreto del gran Rey. El Señor me ha confiado el secreto de su Corazón; yo lo comprendo y me siento profundamente humillada: ¿quién soy yo para merecer que mi Señor me confíe los secretos de su Corazón?

Un poco de sacrificio y de penitencia es un tesoro para el alma. Pero es tesoro que yo no merezco.

He invocado a Dios y he sido escuchada. Soy una criatura miserable y ¡Dios es tan grande! Soy criatura pecadora, y el Señor es la santidad por esencia, yo debo acercarme a El por la santidad. ¡Ah, quién me concederá que yo pueda quebrantar mi cuerpo para que el alma dé gloria a su Creador!...

Soy depositaria del secreto de Dios: me apremia tanto custodiarlo, cómo procuro no perder fragmentos del Cuerpo de Jesucristo. ¿Qué me diría de ello un día el Señor? Y, además, exponiéndolo, ¿me creerían? Y si no, quedaría despreciado el don de Dios... Me parece que está en mí la gracia de Dios, ¿pero si fuese, aunque sólo en parte, una ilusión? ¡Entonces estaría engañando a todos!

Manifestaré de mi secreto sólo lo suficiente para dar gloria a Dios, y nada más, sólo para lo que yo necesite dirección y sólo eso. Mi secreto es mío. Lo sabe el Señor porque El me inspira hablar o callar.

Soy polvo y pavesas

Soy polvo en el cuerpo... éste es el fango del que Dios me ha sacado... Soy polvo en mi inestabilidad y falta de buenos propósitos, éste es el polvo de mi persona. Soy polvo agitado por el viento de las tentaciones. ¡Ay de mí, este puñado de polvo se ha atrevido a rebelarse ante los ojos del Altísimo!... Siento el peso de mi iniquidad... una gallina es más feliz que yo: ella no ha ofendido a Dios. Yo me siento menos que nada. ¡Piadosísimo Señor, qué inmenso sois y yo qué mínima soy en vuestra presencia!

Que un nubarrón de lluvia de tribulación disipe el polvo de mi nada y me eleve a Dios, fuente perenne de bienaventuranza. Mi cuerpo, mi alma están en decadencia... yo me entrego totalmente a la providencia de Dios y a los mandamientos de los superiores.

Manifestación de la enfermedad

Pero mientras tanto, por el trabajo excesivo en asistir a dos huerfanitas, porque no tenía medicamentos y quizás porque ella se había ofrecido muchas veces víctima a Dios, y porque el Señor quiso escuchar su plegaria y la ofrenda de sí misma, el hecho es que Sor Clara comenzó a sentirse mal, y tuvo que guardar cama. Se llamó muy pronto al excelente médico Valli, el cual, prudente y diligente a la par, dijo que en la Religiosa estaba latente, desde hacía tiempo, una pleuritis ligera, que ésta ya había atacado el ápice del pulmón y dudaba mucho de su curación.

Su hermana Marcelina fue llamada inmediatamente desde Pianello y no abandonó ya a su querida hermana. Sor Marcelina, que conocía muy bien las necesidades y los deseos de su hermana, no dejaba que le faltara nada. Pero faltaba a Sor Clara lo mejor, y era la Santa Comunión diaria. Una o dos veces en un mes le llevaron la Santa Comunión desde la cercana iglesia de Santa Úrsula; pero más no era costumbre, más habría parecido presunción. Y entre tanto la enferma se consumía en el corazón y Sor Marcelina que se daba cuenta de ello, le dijo un día: "Mañana muy temprano bajaré a San Vital, que está a pocos pasos de aquí, recibo la santa Hostia y luego, a toda prisa, y lo mejor que pueda de mi lengua pasará a la tuya y así tú quedarás un poco consolada".

Sor Clara sonrió ante esta ingeniosidad de su hermana, pero luego con un signo de la cabeza le hizo ver que no sería ni posible ni conveniente. Entonces se pensó en trasladar a la querida enferma a Pianello Lario. En la casa parroquial había una habitación completamente separada, la iglesia estaba a dos pasos, cada mañana, o al menos lo más frecuentemente posible, el Párroco del lugar y Director de las religiosas del hospital podría llevar la comunión a la enferma y atenderla lo mejor posible.

Sor Clara aceptó muy gustosamente la propuesta, y enseguida por medio del vapor fue trasladada a Pianello Lario.

En Pianello Lario había nacido y crecido en la vida física y espiritual, y en Pianello Lario debía consumar el sacrificio de su vida y remontar el vuelo al Paraíso.

ULTIMA ENFERMEDAD DE SOR CLARA

Sufrimientos interiores

Antes de entrar en el tema de la última enfermedad de Sor Clara, adelanto las siguientes observaciones que, de vez en cuando, salían de labios de la misma.

Exclamaba: "¡Oh, cuando pienso en el Verbo Eterno, que dejó el Paraíso y se hizo hombre y habitó entre nosotros, y que esto lo hizo para castigar mi soberbia y para darme ejemplo de humildad, yo, -continuaba Sor Clara—, cuando pienso en esto, no sé verme,

no quisiera verme, quisiera ser sepultada viva por mi mucha soberbia...". Y luego reflexionaba: "Sí, es verdad; pero mi mente es tan vana, y mi alma está tan hinchada de amor propio... ¡Oh, Virgen santa Inmaculada, Vos que por vuestra humildad habéis agradado tanto a Dios y os habéis convertido en la Madre del Verbo Encarnado, oh, si se infundiese dentro de mi mente un rayo de esa humildad... estaría muy contenta de que en mi mente y en mi corazón penetrase un cuchillo a traspasarme. Sí, traspasa mi mente, mi corazón y mi cuerpo con tal de matar en mí el monstruo del amor propio y arrancar hasta la última gota de la médula de mis huesos el veneno de la gran soberbia que hay en mí".

Ahora bien, está escrito que el Señor, que resiste a los soberbios, el mismo Señor da su gracia a los humildes. Y esto hará comprender, al menos en parte, cuanto voy a decir: Sor Clara, desde hacía tiempo, estaba llena de estos sentimientos y estos sentimientos producían en ella tormentos de purgatorio por una parte y, por otra, un poco de gozo de Paraíso. Pensaba entre sí Sor Clara: "Bien se sabe que Jesucristo, en cuanto Dios, es el Rey de la gloria y la Bienaventuranza por esencia, y en cuanto hombre es el varón de dolores y el Príncipe de los Mártires: El, capitán en el martirio, lleva en su diestra el estandarte de la cruz y grita con potente amor: 'El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz también, que se la cargue a costas y luego me siga. Los dolores y alegrías mías serán vuestros dolores y alegrías, mis luchas y triunfos, serán también vuestras luchas y triunfos. Pero pensad que ninguno será coronado, si no ha luchado duramente'. De esta ley ya general Nuestro Señor Jesucristo no excluyó ni siquiera a su Madre la Virgen Inmaculada. ¿Cómo no tendré que pasar yo por este camino, yo que soy tan miserable y pecadora?...". Estas reflexiones como rayos de luz que llegaban de lejos, de lo alto del cielo, las sentía en sí Sor Clara y le parecía que fuesen rayos que podían verse con los ojos y casi palpar con las manos. Pero después se volvía oscura, oscura y amenazadora la atmósfera en torno a ella... y luego venían nubes negruzcas y amenazadoras y, al mismo tiempo, rayos y tormentas y centellas que hubieran perturbado a cualquier alma robusta.

Le salía al encuentro el Rostro del Divino Salvador, todo sangre y cardenales, y parecía que le dijese: "A esto me has reducido tú", y entonces se habría desplomado para huir del Rostro airado del Señor. Luego le parecía escuchar una voz de trueno, que salía de la boca del Salvador Bendito y que le gritaba: "Vete, vete, apártate de Mí, que ya eres una réproba". Sor Clara entonces palidecía y temblaba, gotas de sudor corrían por su frente y caía con la cabeza medio muerta en las manos de quien la asistía.

Muchas veces le sucedió con el mismo Director, el cual las primeras veces recurría a los extremos consuelos y le preguntaba: "¿Deseas la absolución sacramental?"; ella indicaba que sí, que sí... Y temiendo realmente que Sor Clara se desmayase, le administraba el sacramento de la Penitencia.

Pero después, dándose cuenta de que aquella agonía espiritual no duraba mucho, y que Sor Clara se rehacía, entonces el mismo Director la confortaba con pensamientos y jaculatorias piadosas.

A veces la prevenía, hablándole más o menos así: "Quien ha estado en el santuario de la Dolorosa, en el gran santuario de Rho, encuentra que alrededor del santuario están las figuras del Antiguo Testamento referentes a la Santísima Virgen: más arriba están pintados en frescos los siete dolores y los siete gozos de la Virgen bendita: más en alto, en las cornisas están los ángeles que llevan los emblemas de los padecimientos de

Jesucristo y de María Santísima; y finalmente en lo alto de la bóveda y en la gran cúpula está pintada por pincel maestro la gloria que María mereció con tantos sufrimientos.

Fija allí tu mirada: ¿no te parece un hermoso cuadro de Paraíso?". Y Sor Clara indicaba que sí. Pero añadía: "¡Pero la Virgen que está a nuestro lado en Dongo, en Lezzeno, en Nobiallo ha derramado de los ojos de sus efigies lágrimas de sangre! ¡Oh, también yo he hecho llorar a la Virgen!", y sollozaba dolorosamente. Pero se le respondía: "¿Qué dices, qué dices? La Madre de la misericordia llora lágrimas de sangre no para castigar; llora para atraer más íntimamente a Ella los corazones de los suyos y bendecirlos. ¿No te das cuenta de que los santuarios de Dongo, de Lezzeno, de Nobiallo se han convertido en santuarios de bendición, que de allí no salen sino gracias y favores celestes?". Con tales palabras Sor Clara se tranquilizaba un poco, refloraban sus mejillas, sonreían sus labios y abriendo de par en par sus candidos ojos, repetía: "¡Ha pasado la tormenta, ha pasado!... Ahora me parece ver a Dios... ¡Oh, qué hermoso es el Paraíso!", y sosteniéndose, como podía, continuaba: "¡Vamos... vamos al Paraíso!, ¿qué hacemos aquí?... Yo quisiera morir... morir para estar con Dios. Como bien decía el Venerable Cottolengo: '¡Fea tierra, hermoso Paraíso!'. Vamos, que yo ya no puedo más". A lo que replicaba el Director: "El santuario de Rho no es así, el santuario de Rho, ¿cómo te he dicho?". "Sí, sí —añadía— sí, sí, gracias, gracias". Otra vez le hablaba el Director de esta manera: "¿No te ha sucedido nunca experimentar, o ver, una tormenta que se desencadenaba sobre nuestros montes en S. Bernardino? Entonces todos corren a refugiarse y las mismas ovejas, balando, se refugian bajo techado con su pastor. Pero, pasada la tormenta, vuelve a lucir el sol y el aire se refresca, y los campesinos cargan con mayor ánimo el haz de leña o de heno y vuelven a bajar con mayor brío, mientras que las mismas ovejas salen a pacer las hierbecillas que se han vuelto más frescas y suaves. Ahora bien, ¿no es verdad que así es también en las tormentas del alma, y que tú eres esa ovejita que, después de la tempestad de relámpagos, de rayos, de tormentas, te alimentas con mayor ansia en la mesa de los dolores y de las gracias del Divino Salvador?".

Escuchaba Sor Clara y repetía: "Gracias, gracias... Pero yo soy mala... yo no soy esa ovejita dichosa... yo soy precisamente condenada, porque he crucificado a mi Señor Jesucristo con mis pecados... y ya estoy perdida. Virgen Dolorosa...", y en este punió volvía a desfallecer y por algún instante se la hubiera tenido ya por moribunda. Pero de nuevo se recuperaba y hablaba: "¿Eres tú ciertamente, Señor? ¿Estás conmigo? ¡Bendíceme! ¡Oh!, bendíceme, Señor mío... Bendíceme, María Santísima". Mientras tanto, de nuevo sonreía y decía: "Hagamos el bien. Hagámoslo mientras estamos vivos... hagámoslo porque hay mucha necesidad de hacer un poco de bien".

Replicaba el Director: "¿No es bien tu orar y sufrir?, el bien está en mortificarse y padecer, está en orar y sacrificarse, ¿y tú no estás contenta de sufrir y morir por el Señor?". "Sí, ciertamente, sí, ciertamente; pero yo aquí no hago nada... incluso hago perder el tiempo a las otras, incluso al Director que tiene que atender a tantas otras personas y cosas...". Y aquí había que cortar toda palabra por el miedo a que, continuando, le volvieran las mismas penas.

Pureza de intención en Sor Clara

El Señor creó al hombre a su imagen y semejanza, y quiere decir que, si el hombre hubiera perseverado en la inocencia y en la obediencia, hubiera sido siempre verdadera y viva imagen de Dios y habría pasado de la tierra al Cielo sin morir: esto lo habrían previsto la piedad y la misericordia de Dios.

Pero por el pecado el hombre empeoró en los sentidos del alma y en los del cuerpo. Y ahora, para retornar de algún modo a imagen y semejanza de Dios, tiene que ayudarse con la inocencia y la penitencia. La inocencia se adquiere en el Santo Bautismo, y es la que se conserva luego, según la insinuación de la Santa Iglesia, cuando dice a su bautizado: "Recibe esta vestidura blanca que llevarás siempre blanca al tribunal de Cristo juez". Y que Sor Clara haya llevado así al Tribunal Divino su inocencia bautismal, no lo puede poner en duda nadie que la haya conocido y creo que todo el que haya leído hasta aquí.

Sor Clara fue siempre ángel de inocencia, porque fue siempre mártir de penitencia, y así lo hemos podido observar hasta en esta pequeña vida.

Pero más particularmente quien pudo seguir los pasos de Sor Clara, veía en ella una mente tersa como un espejo, en la que ella miraba a Dios y Dios se hacía conocer por ella. Bienaventurados los limpios de corazón, predicó Jesucristo en el célebre monte de las bienaventuranzas: bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios; más dichosos aún, porque a éstos dice Dios: "Dadme vuestro corazón, hijos míos, y yo os doy mi Corazón". En este sentido la persona de recta intención viene a ser lo que atestigua San Pablo: "Vosotros sois templo de Dios, vosotros sois santuario del Espíritu Santo, sois tabernáculo de Dios Altísimo".

Frescas y saludables son las aguas puras que descienden de las altas cimas; y frescas y puras son las aguas de la gracia del Espíritu Santo que refluyen de la mente a la memoria, al corazón, al cuerpo de las personas puras. Pero son como la hierba sensitiva, que no quiere que se le acerque nadie para no marchitarse; mucho menos quiere ser tocada para no tener que gemir.

¡Oh, qué cuidado tenía Sor Clara!: sabía que estaba enferma y sufría; por esto, advertía siempre: "¡No me toquéis, no me toquéis!", y ella ni hubiera osado poner su mano siquiera sobre la cabeza de una niña inocente para acariciarla, ni para castigarla, y decía: "no conviene salir del dormitorio si no están totalmente vestidas las hermanas, y al caminar, imprimir en el cuerpo decencia y cierto sentido de veneración: si no es urgente —decía—, no conviene subir de prisa las escaleras y los peldaños de dos en dos o caminar sin compostura; llevamos un tesoro preciosísimo en frágiles vasos de tierra.

El pecado original nos ha herido en todas las potencias del alma y del cuerpo, y es necesario custodiar los pensamientos de la mente y los afectos del corazón para que no escapen a peligros de sensibilidad, a tentaciones de antipatía o de simpatía: hay que amar a las personas porque son imágenes de Dios y nosotros sabemos que si ha de haber preferencia en el amor, es hacia las personas afligidas, pobres, enfermas, escasas del bien de la mente: al amar a estas personas, el amor es más puro y las intenciones mucho más rectas.

Pero precisamente porque era tan sensible y sutil, Sor Clara sufría mucho dentro de sí, porque, ni aún queriéndolo, hubiera encontrado persona con quien desahogarse: ¿y por

qué desahogarse con el hombre? ¿No es mejor desahogarse con Dios y contentarse sencillamente con Dios?

En esta tierra quien para ella mejor representaba a Dios era el confesor; pero Dios permitía que ni siquiera éste entendiese su espíritu y que sólo lo penetrase a medias; y que no obtuviera de él toda la orientación y ánimo para hacer lo más perfecto; incluso en el sacramento Sor Clara hallaba medicina amarga y difícil de digerir y decía: "Mis confesiones son confusiones... no sé qué decir, porque mi soberbia oculta todas mis faltas, y no entiendo nada de lo que me dice el Confesor, porque no merezco tener o entender una palabra consoladora del dispensador de los divinos misterios".

Era un angelito de pureza Sor Clara; pero está escrito que ante Dios incluso los ángeles y los santos son como criaturas cubiertas de inmundicia y así se veía ella delante de Dios y temblaba al acercarse a la Santa Comunión: no acercarse hubiera sido falta por desobediencia y de poco buen ejemplo, y acercarse a esa Divina Majestad y deber hacerlo sin tener tiempo y manera de purificarse como anhelaría su corazón, ¡también eso, qué duda, qué espina en el pobre corazón!

En una palabra, Sor Clara se veía como una pobre criatura en el aire y suspendida entre el cielo y la tierra, entre la tierra y el abismo. ¿Cómo puede mantenerse el aliento por tan largo tiempo? Y Sor Clara se sentía triste, triste; hasta cuando, por cumplir el reglamento, debía ir a la recreación con sus compañeras, lo hacía de buen grado, pero dentro se le notaba el interno afán, y cuando no le quedaba más remedio que sonreír y mostrarse alegre, se veía bajo su sonrisa el suspiro, y a través del rostro radiante de alegría aparecía la penumbra del dolor y casi sus lágrimas. ¡Pobrecita criatura que siempre está así en la cruz!

Los poco espirituales se escandalizarían de esto: ¿pero no es verdad que debemos gloriarnos sólo estando bajo la cruz del Salvador? ¿No es verdad que San Pablo escribía de sí: "Muero cada día y cada día reduzco mi cuerpo a esclavitud con las fatigas y los castigos?". ¿Y por qué? "Porque siento en mi cuerpo una ley contraria a la ley de mi mente...; pero llevo en mi cuerpo las marcas de Nuestro Señor Jesucristo".

Ahora bien, cómo no puede ser que, en parte, el Señor haya impreso esos estigmas también en la mente y en el corazón y en el cuerpo de la religiosa que cien veces al día protesta: "Toda para Vos, Señor, quiero ser vuestra, toda vuestra y siempre vuestra; hacedme vuestra esclava y cargadme de cruces, porque quiero morir crucificada con Cristo para resucitar luego gloriosa con el mismo Jesucristo".

Pues bien, las mismas penas de espíritu a que aluden las frases antes dichas, las mismas soportaba enferma en el cuerpo. Creo que no hay que añadir que eran cada vez mayores, porque mayor era su grado de virtud al final de la vida. Un cúmulo de afanes de espíritu, que se le daban como una carga por añadidura a un cuerpo quebrantado por la enfermedad y ya casi acabado, debía volverse poco menos que peso insoportable, si no hubiera sido grande la abundancia de gracia que el Señor le daba para consuelo y ayuda en el viaje a un Calvario tan penoso.

Realmente Sor Clara ni podía ni quería hacerse ilusiones de que pudiera recuperarse del mal físico que la afligía. Más aún, lo confesaba ella misma: "Pocos meses, y luego ya no estaré aquí más... ni siquiera veré la primavera, aunque ya está próxima". Ahora bien, verse con un pie en la tumba... sentir que te aferra la muerte... encontrarse en los

umbrales de la eternidad... sentir la necesidad de prepararse al gran viaje y no saber qué hacer o cómo proceder mejor; encontrarse al borde de un abismo profundo, el abismo de la eternidad, era para Sor Clara la pena de la persona que se ve suspendida por un mechón de sus cabellos, sobre el abismo de una sima en cuyo fondo está el misterio grande de un gran bien o un gran mal eternos.

¡Pobrecita el alma que se siente tan agitada! Las personas menos espirituales se extraviarían; pero leed la Noche Oscura de San Juan de la Cruz; leed las agonías de Santa Teresa de Jesús y allí encontraréis el misterio y la ganancia del sufrimiento: de él salía San Juan de la Cruz glorioso como un atleta: "Señor, sufrir y ser despreciado por Vos; ésta es la gracia que os pido". Y Santa Teresa: "Yo quisiera ponerme a la boca del infierno y permanecer allí hasta el fin del mundo para impedir que una sola alma cayera dentro".

Ningún leño es más apto para encender en el corazón el fuego del amor de Dios que el leño de la cruz.

Y aquí pongamos punto y consolémonos porque Sor Clara, virgen y mártir, más aún, mártir y por esto virgen, nos deja una preciosa heredad de virtud.

Otra grave prueba

Sor Clara, una vez que llegó a Pianello y fue colocada en un lugar de manera que pudieran satisfacer sus necesidades corporales y espirituales, parecía que debiera pasar un poco mejor los días de su enfermedad.

Pero le sobrevino un tormento gravísimo. Su hermana y superiora, Sor Marcelina, también cae enferma de pleuritis y pulmonía, lo mismo que Sor Clara, probablemente a consecuencia de los cuidados verdaderamente maternos y de los esfuerzos, incluso heroicos, con que Sor Marcelina se sacrificaba por el bienestar de su querida hermana Sor Clara.

Las dos vivían en la misma habitación, donde Marcelina atendía a su hermana día y noche: quedaron, pues, las dos impotentes para ayudarse mutuamente; y eran dos hermanas enfermas; más aún, la enfermedad de Sor Marcelina hacía temer un peligro mayor y más próximo a la muerte. Inmediatamente llamaron al médico del pueblo y luego al señor médico famoso de Rezzonico y luego a otros para consulta médica, pero se podía esperar poco. Sin embargo, con la muerte de Sor Marcelina hubiera caído el más valioso apoyo de la Obra del Asilo y todos se encontraban desolados y oraban y hacían orar; Sor Marcelina tenía ya la respiración jadeante, lastimera y grave: Sor Clara, a su vez, daba la impresión de que se moría, y fue a la media noche del día seis de enero, cuando el Párroco dio los últimos auxilios religiosos y administró a ambas el sacramento de la Extrema Unción.

Después pareció que se rehacían y despuntó un rayo de luz por la curación, al menos, de Sor Marcelina.

Pero Sor Clara sufría, sufría. Para penetrar en sus sufrimientos internos, conviene recordarlos sentimientos que luego manifestó ella misma y que se leían bien claros en su corazón.

"Me parecía, confesó Sor Clara, me parecía haber sido yo el verdugo cruel de mi superiora y hermana, porque yo no debí permitir que se deshiciera tanto por mí... ¿Qué soy yo, a fin de cuentas?... una pobre hija del pueblo, pobre, sin talento, sin dinero, sin casa... pobre porque no he sido más que causa de despilfarro y motivo de estorbo en todos los lugares y para todas las personas buenas que me han ayudado.

El pobre Don Cario Coppini y Sor Marcelina esperaban de mí una gran cosa y he aquí la miserable ayuda que aportó a una Obra que a otros ha costado tantas penas y desvelos... Si hubiera dado, al menos, un poco de buen ejemplo... y mis plegarias hubieran servido para obtener algún bien; pero yo siempre fría como un hielo. ¡Pobre Sor Marcelina! Siempre ha sido para mí más que una madre, y ahora yo... yo la he clavado en el lecho de agonías... ¿morirá? ¡Oh, si pudiera morir yo y salvar su vida...!

Me parecería obtener más fácilmente misericordia del Señor... Oh Señor, que me habéis creado y redimido y sacado fuera del mundo pérfido y puesto en compañía de almas buenas... pero yo, mala, mala hasta con Vos... qué ingrata... tan fea y pecadora ante los ojos de Dios Santísimo". Y aquí se le renovaban las agonías de las que hemos hablado antes.

Sor Marcelina se percataba de esto y recibía en su corazón ya quebrantado los dolores de su hermana como dolores propios. El Director, que consideraba y veía, dirigiéndose a Sor Marcelina, preguntó: "¿No os parece que sería mejor separaros de habitación?...". Sor Marcelina que apenas profería una palabra, indicó con un gesto que se preguntase a Sor Clara... en cuanto a sí, dio a entender que aquel angelito suyo sufriente era siempre un ángel querido a su lado. Sor Clara no tenía corazón para partir de allí y sofocaba sus penas por temor de agravar las penas de Sor Marcelina; hasta que un buen día, y fue después de haberse rehecho tras haber recibido la Extrema Unción, dijo al Director: "Me parece que, si la sacan de aquí, la superiora podrá hallarse mejor, y yo misma ya no aguanto más; esa respiración afanosa y tan continuada me suena como el estertor de la agonía y yo no puedo más". Inmediatamente se arregló la habitación contigua, se improvisó una separación con tabiques de tela y papel para dejar más libre e independiente el acceso. Y Sor Clara fue colocada allí donde permaneció hasta su muerte. Pero continuaba la dura prueba y el corazón de la pobre Sor Clara sufría y, a veces, se movía en el lecho y preguntaba lastimeramente a su buena enfermera: "¿Y la superiora?, ¿y la superiora? Si el Señor acepta que yo muera por ella, y que ella viva por bien del Asilo"; y continuaba confidencialmente con Sor Inés: "Me parece que el Asilo va a crecer y también se hará grande la casa de Como... y se harán otras muchas cosas, pero el corazón me dice que la superiora ha de sobrevivir, porque será ella la que haga el bien: en cuanto a mí, miserable... yo pobre estorbo, es mejor que me vaya pronto, ¿no es verdad, Sor Inés? Pedid todas que yo sea sacada de esta miserable tierra...".

Esta fue la nueva prueba que sostuvo Sor Clara. El que escribe fue testigo ocular de ella y al escribir, le parece encontrarse, hace ahora veinte años, en el lugar y en los días en que aquel cordero inocente de Sor Clara arrastraba tan pesada cruz para que le sirviera de lecho y morir sobre ella.

Otras muchas pruebas sostuvo Sor Clara en su vida y después de la profesión religiosa: se expondrán cuando convengan. Pero ninguna tan atormentadora le afectó más que la que acabamos de reseñar. Ahora bien, las pruebas fueron superadas, las batallas fueron vencidas y por todo sea alabado Dios.

Todos podemos creer que el Señor ha coronado las pruebas sostenidas, que la guerrera intrépida goza en lo alto, tanto más cuanto más tuvo que sufrir aquí abajo.

"VERÉ A MI SEÑOR"

Ultima enfermedad

¿Qué hacía, pues, Sor Clara en su última enfermedad? Hacía lo que otros menos espirituales no sabrían creer y mucho menos imaginar.

Sor Clara sabía que debía morir y morir de esa enfermedad actual y estaba persuadida de que moriría pronto y no hacía misterio de ello, sino que lo decía cándidamente: "Estoy tísica ya... ¡Oh qué humillación para mí!... qué caridad para Sor Inés y para cuantos me asisten en esta enfermedad. Pero que se haga la voluntad de Dios, y el Señor sabrá recompensar la caridad que tienen conmigo y no será por un tiempo largo". Mientras tanto, ¿qué hacía ella? Se recogía como en conversación familiar y diálogo con tres excelentes compañías: Jesús en el Santísimo Sacramento, Jesús Bendito Crucificado, la Virgen Santísima de los Dolores.

Su pequeña cámara era casi antecámara de la gran Casa de Dios, la Iglesia: escuchaba el sonido de sus campanas y podía incluso percibir el sonido de la campanilla de la Santa Misa, por lo que ella vivía en su celdita y en su lecho como en acto de perpetua adoración al Santísimo Sacramento.

Entraba en soliloquio con Dios de este modo: "¡Qué bueno es el Señor mi Dios! Nos ha amado hasta darse a sí mismo en el Cuerpo, en la Sangre, en el Alma, en la Divinidad de Jesucristo bendito. ¡Y se entrega hasta a nosotros! A mí que soy un amasijo de miserias... a mí...". Y aquí sollozaba de dolor y ternura... Descansaba lentamente y luego continuaba: "Oh, que venga... vendrá todavía mañana por la mañana Jesucristo en la Santa Comunión... entrará en esta celda... yo ofreceré mi labio y abriré de par en par las puertas de mi corazón. ¡Jesús será todo mío! Oh Jesús, haced que yo sea también toda vuestra... vuestra a cualquier doloroso precio: renovad en mi corazón vuestras agonías, pero haced que mi corazón sea todo y solo para Vos: en el Paraíso no entra polvo del mundo... y yo quiero gozar de Vos allá arriba".

Después dirigía una piadosa mirada a la imagen del Crucificado que había recibido en el acto de la profesión y que tenía siempre a su cabecera como dulce compañero y querido consuelo para su alma.

Confiaba también mucho en la Virgen Dolorosa; decía: "En María tenemos la última parte del testamento de Jesucristo. ¡Qué bueno es el Señor al darnos tan gran Madre! Y ¡qué buena es María al recibirnos a todos como sus queridos hijos!". Diciéndolo suplicaba: "Virgen Dolorosa, mis afanes son pocos y muy imperfectos: pero si Vos los unís a vuestras agonías, se volverán preciosos también mis afanes. Y si, por medio vuestro, consigo que mis afanes sean enrojecidos por la Sangre de Jesucristo en el suplicio de su Pasión, entonces mis pobres dolores adquirirán un valor inmenso y serán dignos de que Dios los compadezca y los premie".

Estos eran los sentimientos de Sor Clara, que ella abrigaba con fervor dentro de sí en el momento de la sagrada Comunión; sentimientos que, con motivo de alguna festividad, se vivificaban y se intensificaban cada vez más. Con estos afectos y sentimientos se disponía al sacrificio próximo de su vida, y no se preocupaba ya del propio cuerpo o del pequeño mundo de las personas que la rodeaban.

No se preocupaba del propio cuerpo.

Las personas afectadas por enfermedades sutiles, generalmente son sensibles y melindrosas: Sor Clara era sensible, pero sabía frenarse.

Para comer le gustaba todo, para beber hacía uso moderado de cualquier cosa. No quería para ella comidas, bebidas, medicinas que no fueran totalmente lo normal en la casa, y manifestaba que todo lo superfluo le molestaba; decía: "Si me queréis levantada, sobre este tema dejadme en paz, porque el primer médico del enfermo es el mismo enfermo". Dígase lo mismo de los médicos: "Inútil, inútil, decía; ya han hablado claro también los médicos y han hecho todo lo que debían... doy las gracias a todos".

En cuanto al descanso era también sobria y decía a su enfermera, Sor Inés: "Yo soy dormilona, no debo sólo dormir... es necesario también que rece y haga algo, aunque no consiga nada... pero sé que todos me compadecen y tienen paciencia conmigo".

Poco a poco, en alguna pequeñez todos los días, se privaba de los pequeños consuelos sensibles que honestamente se conceden incluso los enfermos más temerosos de Dios.

De este modo, día a día, empezaba a amar su pequeña habitación, a dirigir la mirada al Cielo, a tolerar como habitual su malestar, aunque día a día aumentase cada vez más. A veces añadía: "Durante la noche apenas he podido descansar, pero ya estoy acostumbrada a ello", y sonreía dulcemente. Decía Sor Inés: "Nunca he asistido a enferma más fácil y más edificante".

Hay que decir también que, poco a poco, su conversación era con los habitantes del Cielo: las mismas personas más queridas le resultaban casi indiferentes, agradecía sus visitas, luego las visitas de Sor Marcelina, ya recuperada, se volvían raras y breves; brevísimas las del Sacerdote Director y eran visitas casi como de aparición, porque se conocía el espíritu de Sor Clara y se temía molestar su paz y su unión con Dios. Sor Clara fijaba sus ojos en el rostro de los visitantes con una sonrisa de gratitud, y cuando marchaban, los bajaba hacia su Crucifijo o hacia las devotas imágenes de María o de alguna santa que estaban allí colocadas.

Recibía con gusto, pero sin mostrar ansia de ello, una rápida visita de alguna Hija de María con la que había tenido alguna intimidad y, al despedirla, decía: "Sed buenas, rezad y sed perseverantes".

De este modo Sor Clara era como una niña inocente que descansa en el seno de su madre y a medida que le viene el sueño, se duerme plácidamente. Los trozos de cartas que se añaden muestran cómo, estando todavía sana, estaba harta del mundo y ansiaba morir para vivir con Dios. Escribía...

Hacia principios de marzo, precisamente al acercarse la primavera, intuyó que no la vería más con los ojos del cuerpo; comenzaron para ella, ya debilitada, jadeos más frecuentes y prolongados y dificultad de respirar, por lo que no pocas veces caía en un sopor que parecía ya la agonía: se le añadieron desmayos no infrecuentes: al salir de éstos, bromeaba, diciendo: "Me parecía haber pasado ya; pero no es mi hora y el Señor me ha hecho volver atrás. Un poco todavía y luego este cuerpecito se quedará muerto, muerto, y entonces mi alma se encontrará en el más allá". Y aquí daba un gran suspiro y decía: "¡Veré a mi Señor!".

En el pueblo se hablaba de Sor Clara con sentimientos de piedad y de cierta veneración: los parientes la visitaban por última vez: la buena mamá Rosa rezaba, rezaba y añadía según su costumbre: "Lo que Dios quiera... mi Dina siempre ha sido buena".

Qué edificación la de un alma que se dispone a comparecer ante la presencia de Dios con esta confianza. Las penas interiores del espíritu habían disminuido mucho; el físico debilitado no hubiera sido capaz de tolerar combates más fieros. Se hacían oraciones en la iglesia y en el asilo: muchas Hijas de María, lo mismo que las religiosas, hacían novenas de santas Comuniones. Les parecía que en breve desaparecería de ellas un hermoso astro de virtud y aguardaban con ansia y esperaban.

La muerte de Sor Clara Bosatta

Mortificándose, paso a paso, Sor Clara había llegado al heroísmo de tanta paciencia y tantos padecimientos, como se ha dicho, confortada por la Santa Comunión.

Y durante su enfermedad la misma Santa Comunión le era ocasión y causa de otros sufrimientos.

Entonces todavía la benignidad y bondad de Pío X no había emanado decretos diciendo: las personas que, desde hace algún tiempo están enfermas y no pueden permanecer en ayunas, podrán comulgar, como desean hacerlo, hasta varias veces a la semana.

Sor Clara quería comulgar cada mañana, pero jamás hubiera osado faltar el respeto al gran Sacramento; por esto se esforzaba por estar en ayunas hasta el momento de la Santa Comunión. Es cierto que el Sacerdote apresuraba su llegada; también es cierto que en el último período de la enfermedad se le daba la Comunión por Viático, aunque no estuviera en ayunas; pero mientras tanto y muchas veces, sufría de sed material, mientras que sufría mucho más de sed espiritual.

Los últimos días, como siempre estaba en peligro próximo, comulgaba diariamente por obediencia, aunque no estuviera en ayunas. He aquí el Pan de los fuertes, he aquí el Compañero de viaje de Sor Clara hacia su eternidad.

Hacia la tarde del día... empeoró muchísimo. Se llamó a las Hermanas y llegaron personas piadosas y se expuso el Santísimo Sacramento, teniendo abierto el Santo Tabernáculo con cuatro velas, y mientras tanto se oraba, porque el tránsito parecía inminente.

Un grupo de sus huerfanitas vinieron a despedirla por última vez y a recibir la bendición; luego Sor Clara hizo señas de que se marcharan... que se marcharan muy pronto...

Quería estar sola con Dios en la tribulación extrema. Le parecía demasiado que corazones tiernos e inocentes asistieran a una lucha de gigantes...

Se sentía el fresco de la tarde y Sor Inés alimentaba un pequeño fuego en la chimenea que había al lado: "Fuera ese fuego... fuera ese fuego...", exclamaba Sor Clara con voz casi agonizante. Y Sor Inés inmediatamente apagó la pequeña llama. ¿Qué era esto? Al Sacerdote asistente le pareció sin duda que, en su agonía, Sor Clara recordaba las llamas del Purgatorio y como si dijera: no las quiero... no las quiero... yo me he entregado totalmente al Señor, totalmente en alma y cuerpo y quiero volar al Cielo. Así le pareció al Sacerdote que la asistía y así es de creer, puesto que Sor Clara podía decir bien con toda confianza el *consummatum est...* había hecho en todo y siempre la voluntad del Señor... había hecho el bien y además había sufrido mucho. Por tanto, ¿qué podía temer?

Sor Clara continuó por breves instantes en su agonía y expiró plácidamente en el Señor.

En el rostro le quedó impresa la compostura y, por poco no digo la aureola propia de persona santa, virgen y mártir. Se arregló el cadáver bendito y se dio permiso para visitarlo y para orar ante él como es costumbre en su pueblo.

Las personas acudían, grupo tras grupo, y exclamaban: "¡Cuánta belleza!, ¡no está muerta, sino que duerme! ¡Oh cuántas bendiciones atraerá desde el Cielo la hermosa alma de Sor Clara sobre el Asilo y sobre todo el pueblo!".

Llegó el momento de colocar el cuerpo en el féretro. Hubo quien advirtió a Sor Marcelina: "Sor Clara, en el tiempo de la enfermedad y cuando sufría tanto con sus penas interiores, se ponía la mano en el corazón y se retorció, dando la impresión de que el corazón le explotara en el seno... ¡qué misterio de ese corazón bendito! ¿No se podría abrir y ver?".

Sor Marcelina se calló: tenía los ojos rojos de lágrimas y respondió: "No, me parecería hacerle daño... Sor Clara es una alma hermosa y Dios lo sabe. Lo que ella es en la presencia de Dios, eso lo será para siempre". Y se la preparó para la sepultura. Cubrieron con un velo blanco aquel rostro siempre candido y exclamaron por última vez: "¡Tu sacrificio se ha cumplido, ruega por todos nosotros!".

Los funerales resultaron devotos y edificantes. Todo el pueblo acudió y algunos hasta de pueblos cercanos.

Tenía fama de alma muy elevada y los párrocos vecinos quisieron tomar parte en los funerales.

El M. R. Arcipreste Don Cario Dell'Oro de Dongo, cantó la Misa fúnebre: la iglesia estaba abarrotada de gente llena de fe y de santa emoción.

.Con el féretro se hizo un recorrido mayor que el ordinario hasta que llegó al lugar de su dormición.

El cuerpo bendito del fundador Don Cario Coppini fue sepultado, por casualidad o por divina providencia, al comienzo del paseo del cementerio, y la primera hija espiritual del Asilo fue sepultada a sus pies. Se habían hecho siervos de los demás en vida y fueron sepultados donde, al pisar se posarían los pies. Pero está escrito que *exultabunt ossa humiliata*: se alegrarán los huesos quebrantados. La tumba del llorado párroco y fundador siempre fue venerada por los fieles de Pianello Lario: sus restos mortales fueron exhumados con solemnidad especial y colocados dentro de la cripta en lugar digno.

Los restos de Sor Clara también fueron exhumados el año pasado por su querida hermana Sor Marcelina y otra compañera, cerrados y sellados con el correspondiente pergamino que se incluyó, y se colocaron en la celda mortuoria de la familia Mazzucchi, en el cementerio común.

De este modo parecían exultar aquellos huesos benditos, pero exultarán muy gloriosos en la Resurrección final, porque está escrito que serán glorificados con Cristo los que han padecido con Jesucristo.

En el cementerio de Pianello Lario hay una pirámide en memoria del sacerdote Cario Coppini, con una bella inscripción: y al lado hay otra pirámide en recuerdo de otros nombres...

Son los nombres de las Religiosas que han seguido el camino de Sor Clara... ¡hermoso tropel de vírgenes castas y de mártires pacientes que suscitó la herencia de virtud y de ejemplo de Sor Clara! Se podrían escribir páginas edificantísimas para el mayor número de aquellas que, atraídas hacia el ardor de las virtudes de castidad y de sufrimiento, se apresuraron tras los pasos de Sor Clara. ¡Quiera el Cielo que para edificación común surja quien saque del olvido memorias tan queridas!

Pidamos a las almas elegidas que tanto amaron en la tierra, pidamos que desde el Cielo nos miren con piedad creciente, y nos obtengan el poder reunimos con ellas en la visión bienaventurada del Señor.